

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1873. — TOMO XLI.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administracion general y Redaccion : Passage Saunier, número 4, en Paris.

AÑO 32. — N° 1,060.

## SUMARIO.

**El Doctor D. José E. Ellauri, presidente de la República oriental del Uruguay; grabado.** — **Romances americanos.** — **Sucesos de España; grabado.** — **El domingo de Ramos en la Bretaña; grabado.** — **Revista de Paris.** — **Velazquez.** — **Destruction de las langostas en Argelia; grabados.** — **La Exposicion universal de Viena; grabado.** — **Hace cien años.** — **La pesca de truchas en Alsacia; grabado.** — **La Primavera; grabado.** — **La mujer perdida.** — **M. Saint-Marc Girardin; grabado.** — **Escenas campestres; grabado.**

## El Doctor

**D. JOSÉ E. ELLAURI,**

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA  
ORIENTAL DEL URUGUAY.



EL DOCTOR DON JOSÉ E. ELLAURI,  
Presidente de la República oriental del Uruguay.

Al ocuparnos en los asuntos políticos de un país (especialmente en los de las Repúblicas sud-americanas), grato nos es, por lo raro en estos malhadados tiempos que alcanzamos, el no tener por fortuna que teñir la pluma de lúgubres colores. La exaltación del Doctor don José E. Ellauri á la presidencia de la República, es un acontecimiento de particular significación para el país en general, tanto por las condiciones y cualidades personales del electo, como por las saludables ideas de

reparación política y moral que ha empezado ya á poner en planta. Los antecedentes y circunstancias que concurrieron á su elección, son dignas de mencionarse, siquiera sea en breves términos: á la vez nos suministrarán un rasgo nativo de su carácter.

El Doctor Ellauri, cuyo nombre figuraba entre los de otros candidatos para la presidencia de la República, habia manifestado por repetidas veces sus deseos de que no se trabajase por él, empenándose en cuanto le fué posible para que su candidatura fuera eliminada. Pero sus instancias y sus trabajos no fueron parte á resistir el gran torrente de la popularidad de que gozaba. Así fué, que el 1° de marzo vino á salir electo por una notable mayoría, fruto de transacción en parte, no obstante las relevantes prendas que adornaban á otro de los candidatos, el Doctor don José María Muñoz, una de las primeras figuras políticas del país. Hace el Doctor Ellauri su renuncia, y casi unánimemente es desechada por la Asamblea. Asediado por sus amigos, y apremiado por la consideración de que su insistencia en la renuncia daría probablemente el triunfo á un candidato que inspiraba fundadas desconfianzas, se decide á aceptar el nombramiento, no sin hacer ciertas salvedades y prevenciones, fruto de la severidad de sus principios y acendrado patriotismo.

El Doctor Ellauri pertenece á una familia á quien el país debe señaladísimos servicios. Distingúiose su padre notablemente en la Asamblea constituyente, por las avanzadas ideas

liberales que sostuvo, siendo, por decirlo así, el alma de los buenos principios que se consignaron en la carta constitucional de la República.

Es hombre de treinta y cinco á treinta y ocho años, á lo sumo, estatura regular, blancura un tanto pálida, ojos claros muy vivos, de una fluidez tan copiosa en el hablar que los taquígrafos difícilmente le llevan la palabra, siempre docta. Rapidez en la concepción, seguridad y acierto en los juicios, penetración en los asuntos, es lo que caracteriza su inteligencia: bondad, expansión afectuosísima, exquisita sensibilidad, es lo que forma su corazón. Cualidades son estas que todo el mundo le reconoce sin reserva. El retrato que se acompaña le representa fielmente: parece que está hablando; solo que va acentuado con cierto aire de rigidez de que él carece.

Dedicado siempre á su carrera, la del foro, cuyo ejercicio le granjeó reputación y fama bien cimentadas, pocas veces ha ocupado puestos y desempeñado cargos públicos; y eso, cuando creyó no deber rehusarlas como ciudadano, por la utilidad ó necesidad de su concurso para bien de la nación.

Hombres tales, no por el hecho de ser presidentes, sino por el derecho de serlo sin quererlo (esto á la verdad raro en nuestros tiempos), bien merecen pasar á la posteridad en mármoles y bronce.

Don José E. Ellauri ha lanzado el siguiente importante documento:

« A mis conciudadanos y al país:

» Sin las circunstancias excepcionales en que se ha realizado mi advenimiento al poder y sin los hechos que se han producido desde que presté juramento ante el presidente de la honorable Asamblea general, me creería exonerado de decir una palabra mas que las pronunciadas en aquel acto solemne, porque no concibo que pueda tener un ciudadano, elevado á la primera magistratura, otro programa que la fiel observancia de la Constitución y de las leyes, ni pueda ofrecer otra cosa, que su consagración al bien público, obedeciendo á las inspiraciones del patriotismo y á los dictados de su conciencia; pero hoy, dadas aquellas circunstancias y aquellos hechos, no puedo volver sobre mi propósito de declinar el alto puesto para que fui elegido, sin explicar los móviles de mi conducta, que puede haber sido irreflexiva, pero que ha sido sincera é inspirada en altos sentimientos de patriotismo y de delicadeza personal.

» Desde que se inició la lucha electoral, mi candidatura fué proclamada alternativamente con la de otro ciudadano de altas virtudes cívicas, de intachables antecedentes y de aptitudes probadas, á quien sumamente complacido cedía yo el primer puesto, haciendo votos sinceros, para que el país tuviera la fortuna de colocarle el 1º de marzo en la primera magistratura.

» La lucha se empeñó, y la candidatura de ese ciudadano sublevó la oposición de una fuerte fracción de la Asamblea, á pesar de que ella no podía representar sino las aspiraciones del gran concurso de opinión que la sostenía.

» Creía yo y creí sinceramente cuando llegó á mi noticia que había sido elegido presidente de la República, que la impotencia de las dos fracciones en que estaba dividida la Asamblea, había impuesto aquella transacción de última hora, pero comprendiendo que en esas condiciones mi candidatura no podía representar la voluntad de la mayoría de la Asamblea, ni contar acaso con el concurso de la opinión pública, elevé en el acto la renuncia de tan elevado cargo.

» Una comisión de la Asamblea general se me acercó en seguida á significarme que la renuncia había sido rechazada casi por unanimidad, y al mismo tiempo me asediaron numerosos amigos con sus exigencias para que no burlara de ese modo las esperanzas que en mí depositaban.

» Acepté entonces, creyendo que un mútuo acuerdo de las fracciones en que estaba dividida la Asamblea, me elevaba á la primera magistratura de la República, y halagándome con la idea de que la opinión pública me sería completamente favorable.

» Apenas pude darme cuenta de mi situación, me apercibí de que no había existido aquel acuerdo, y que por otra parte la gran mayoría de mis amigos políticos y personales se consideraban derrotados con el triunfo de mi candidatura, por la circunstancia de ser levantada por sus propios adversarios. Llamé algunos de ellos para formar mi ministerio y me presentaron su dimisión.

» Aunque comprendo bien que en la elevada magistratura con que he sido investido, no debo sino gobernar para el país, es natural que aunque necesite y acepte el concurso de todos, quisiese constituir gobierno y sobrellevar la pesada carga que se arrojaba sobre mis hombros, con aquellos ciudadanos con quienes he compartido las aspiraciones patrióticas y las convicciones políticas; y en presencia del vacío que se producía á mi alrededor, no pude menos de elevar mi renuncia por segunda vez.

» Desnudo de ambición como me encuentro, yo no podía aceptar la presidencia de la República sin el concurso de todos y especialmente de los obreros mas inteligentes y mas leales; sin el concurso de aquellos ciudadanos que desde la elección de senador, habían levantado y prestigiado mi personalidad política; sobre todo cuando la mayoría de los ciudadanos que en la Asamblea me daban sus sufragios, no habían adhe-

rido á mi candidatura sino por la fuerza de las circunstancias.

» Elevé pues por segunda vez mi renuncia, y ella ha producido una nueva crisis política que ha alarmado á todos los ciudadanos bien intencionados, por los peligros que deja entrever; y así como antes pude comprender que me faltaba concurso de opinión, ahora tengo la franqueza de confesar que siento reaccionar la opinión en el sentido de mi permanencia en el puesto para que fui elegido, y que vuelvo á verme rodeado de la mayoría de los ciudadanos cuyo consejo y apoyo necesito.

» La gran mayoría de los ciudadanos de todos los círculos políticos, me rodea y me exige que retire la renuncia que había elevado, y como me apercibo de que en efecto podrían producirse sucesos graves de insistir en ella, he resuelto retirarla, porque no me siento con bastante ánimo para afrontar la responsabilidad de los males que pueden sobrevenir al país.

» No me preocupa que se dude de la sinceridad con que he procedido en los diversos incidentes que dejo relacionados.

» Ni he ambicionado el puesto, ni voy á conservarlo para satisfacer vanidades pueriles ó intereses sórdidos.

» Deseo ardientemente corresponder á la confianza que en mí se ha depositado, y protesto que seré leal y consecuente con mis antecedentes, gobernando según mis inspiraciones personales, pero procurando siempre el concurso de los ciudadanos mas inteligentes, mas ilustrados y mas probos.

» JOSÉ E. ELLAURI. »

## ROMANCES AMERICANOS.

### ECOS DEL ALMA.

¡ Hermosa es la existencia! ¡ El mundo es bello  
Cuando alimenta el hombre la esperanza,  
Viendo que audaz el pensamiento avanza  
Por la senda florida del amor!  
La mente se entusiasma y reconcentra,  
Fija la idea en la mujer que amamos,  
Deleites y placer imaginamos  
Y es nuestra vida un sueño halagador.

En incansable vértigo y delirio  
Las bellas ilusiones nos encantan,  
Y del amor las aras brillantan  
Las delicias sin fin del corazón.  
El espíritu alegre se dilata  
Ideando mundos de belleza pura,  
Porque todo nos habla de ventura  
En un lenguaje de divino son.

Rayos de luz, espléndidos aromas,  
Extraño encanto, inapreciable anhelo,  
Templo de glorias, nacarado cielo,  
El alma encuentra en florecido eden.  
Una nube que pasa fugitiva,  
Un ave que regala los oídos,  
Enloquece y anega los sentidos.  
De inmenso amor, de incomprensible bien.

El aura que murmura por las flores,  
De la mansion celeste es armonía  
Que trae al corazón suave alegría,  
Delirios y deleites y placer.  
Y torrentes y ráfagas de lumbre  
Bañan el alma que el gozar enciende,  
Y el pensamiento y ánimo suspende  
Bella ilusión que turba nuestro ser.

El verde bosque, la remansa fuente,  
El arroyo y la selva hablan de amores,  
Y el purísimo aroma de las flores  
Amor exhala en misterioso afán.  
Las dulces horas á las dulces horas  
Se suceden con mágicas quimeras,  
Nubes que argentan luces hechiceras  
Y que anidadas en el alma están.

Y luego vemos la mujer que amamos  
Entre sueños, fantástica y hermosa,  
Tornando la existencia mas dichosa,  
Vertiendo encanto, respirando amor.  
Y el corazón que entusiasmado palpa  
Tan intenso placer, tanta hermosura,  
Adora y goza en su feliz ventura  
Lleno de puro y devorante ardor.

Ángel tal vez del cielo descendido  
El alma la figura en sus delicias,  
Y embriagados gozamos sus caricias  
En los sueños de amor de la virtud;  
Y escuchamos su voz que mil encantos  
En su belleza célica atesora;  
Como la nota divina, sonora  
Vibra del melancólico laud.

Bella es la luz que en el rosado Oriente  
Los rayos quiebra al despuntar el día,  
Cuando puebla los aires la armonía  
Que se eleva hasta el trono del Señor;  
Pura es la flor que en la mañana crece  
Fresca, lozana, perfumada y bella,  
¡ Mas, la mujer! mas la mujer!... es ella  
La obra mas hermosa del Creador.

Gérmén de amor, tesoro de cariño,  
De consuelo, de gloria y venturanza,  
Que hermosea las horas de esperanza  
Y el universo cambia en un eden.  
Ella es la idea que en la mente vive  
Y en el alma del hombre resplandece,  
Ella es la poesía que embellece  
Y derrama en el orbe el sumo bien.

¡ Cuánto placer ofrece su ternura!  
¡ Y cuánto amor su espíritu atesora!  
Ella es la linda estrella que hora á hora  
En las dichas del mundo va á brillar.  
Ella es el sueño que la vida halaga  
Y su pureza es del amor la esencia,  
Ella endulza del hombre la existencia,  
Porque ella sabe como nadie amar.

¡ Oh! ¡ inmensa dicha! ¡ incomparable gloria!  
¡ Ver que nos ama la mujer que amamos,  
Unir su alma, el alma que adoramos,  
Sentir una esperanza, una ilusión!  
¡ Oh! los que no sabeis los tiernos goces  
Que encuentra el alma en el amor cumplido,  
¡ Amad! ¡ amad! que el cielo ha bendecido  
El sacro amor que siente el corazón.

¡ Amad! ¡ amad! porque el amor ofrece  
Célico encanto, regaladas flores,  
Astros que lanzan claros resplandores,  
Auras que suaves arrullando van.  
¡ Amad! ¡ amad! porque el amor nos trae  
Los ensueños de dulce devaneo,  
Do la ilusión siguiéndose al deseo  
Agita al corazón con tierno afán.

El amor vaga en deleitable anhelo,  
Haciendo mas feliz nuestro destino,  
Y nos arrastra en éxtasis divino  
A un cielo de nácar y zafir;  
Entonces en torrentes de belleza  
Y en perfumes también adormecida,  
Entre sonrisas corre nuestra vida  
Y sentimos con júbilo el vivir...

¡ Oh, tú que ornaste la existencia mía  
De frescas flores, de celeste encanto,  
Cuánto te amaba en mi delirio! ¡ Cuánto  
Aun te quiero con inmenso amor!  
¡ Oh, dulce Laura! divina arcángel  
Que del alma formaste mi recreo,  
¿ En dónde estás? ¿ en dónde?... ¡ ya no veo  
De tus hermosos ojos el fulgor!

¿Por qué no vuelven bellos los momentos  
Que á mi lado solia contemplarte  
Y mi gloria mayor era adorarte  
Embebido en tu célica beldad?  
¿Por qué en la ausencia que mis ojos lloran  
Me halaga los sentidos tu memoria,  
Y el recuerdo pasado de mi gloria  
Aumenta de mi pecho la orfandad?

Aun parece que oigo tus palabras  
Que animaban tu espléndida hermosura  
Y finge hallar en tu mirada pura  
Sus delicias sin fin mi corazón.  
Yo he buscado en el mundo otros deleites,  
Quise olvidarte en mi voraz martirio...  
Todo fué en vano... mi tenaz delirio  
Ante tí me arrastraba con pasión.

Hay un amor del alma que no muere,  
Dulcísimo, ideal, puro y ardiente,  
Amor que el hombre jubiloso siente,  
Que inspira solo celestial placer:  
Amor que es puro amor, y en dulce encanto  
Hace sentir brillantes emociones,  
Y atesora mil bellas ilusiones  
Y baña en ámbar todo nuestro ser.

Y fué ese amor el que sintió mi pecho  
Y que aun siento en mi delirio ciego,  
Porque la hoguera de mi ardiente fuego  
Atiza tu hermosura divinal:  
Y busco aun y siento todavía  
La esperanza que fué sombra ilusoria,  
Y aun conserva entera mi memoria  
Bellísima tu imagen inmortal.

Hoy que mis ojos ya no pueden verte,  
¿Cuántas veces las luces de la aurora  
Me descubren tu faz encantadora  
Y los astros también en su fulgor!  
Entre el verde follaje de los bosques  
Escucho melancólico tu acento,  
Y respiro purísimo tu aliento  
En el aroma de la fresca flor.

El corazón amante, á tu recuerdo  
Siente la llama que el amor aumenta;  
Pensando en tí sus dichas acrecienta  
Y se agita con fuerza de huracán...  
Si fueran realidades los ensueños  
Que de tu amor demuestran la certeza,  
Siempre á tu lado, en tu sin par belleza  
Término hallara á mi constante afán.

Y al ver cumplido mi amoroso anhelo  
Placer ninguno competir podría  
Al intenso placer de verte mía,  
A la gloria que siente el corazón.  
Y en el cielo bellissimo y tranquilo,  
Resbalando en dulcísimo beleño,  
El tiempo volaría, amado dueño,  
Viendo brillar la espléndida ilusión.

¿Hermosa es la existencia! ¡el mundo es bello  
Cuando alimenta el hombre la esperanza,  
Viendo que audaz el pensamiento avanza  
Por la senda florida del amor!  
La mente se entusiasma y reconcentra,  
Fija la idea en la mujer que amamos,  
Deleites y placer imaginamos  
Y es nuestra vida un sueño halagador.

MANUEL ANTONIO HURTADO (CHILENO).

## Sucesos de España.

### EL ATAQUE DE PUIGCERDÁ.

Saballs, jefe carlista, cuyo retrato hemos publicado en nuestro último número, que venció en Ripoll y en Berga, ha fracasado al frente de Puigcerdá.

En este número damos un dibujo de la plaza y de sus cercanías, dibujo tomado por la parte de España.

Puigcerdá fué antiguamente una plaza fuerte que tomaron y perdieron repetidas veces los franceses de Luis XIV y de Napoleón. El pueblo es insignificante; pero la campiña que le rodea está muy bien cultivada, como la mayor parte de la Cerdeña, región que se reparten los dos países fronterizos.

Hé aquí los detalles de la lucha que da como fidedignos un diario catalán:

«El día 9 por la noche se presentaron los carlistas á la vista de la población, decididos á apoderarse á toda costa de ella. Iban provistos de su consabido tren de incendios, con sus siete ú ocho cargas de petróleo, adicionado con otros varios líquidos y materias inflamables que habían ido requisando en las farmacias y algunos establecimientos industriales de las poblaciones del tránsito, principalmente de Ripoll, donde al dirigirse á Puigcerdá tuvieron la debilidad de celebrar anticipadamente con fuertes libaciones y asquerosa algazara la toma de aquella villa que iban á emprender y creían segura.

Aquella misma noche tomaron posiciones los facciosos, apoderándose de algunas casas de las afueras y de las huertas que están pegadas unas á las mismas casas que constituyen el núcleo ó casco de la población y otras á la distancia de pocos metros; de manera que estando amuralladas las huertas con paredes de tapia, podían, escudados por estas, hostilizar á cuerpo cubierto á los defensores de la villa.

El ataque formal, vigoroso y simultáneo empezó á las cinco de la mañana del siguiente día 10, prolongándose hasta las siete de la mañana del 11, en que horriblemente diezmados, aniquiladas sus fuerzas y abatido el extraordinario vigor que habían manifestado en su continuado ataque y tres ó cuatro asaltos en regla que intentaron, siendo rechazados siempre con grandes pérdidas, no tuvieron otro remedio que tascar el freno y pronunciarse en retirada.

A esta hora aparecían dos ó tres hogueras en los picachos de la montaña (á tres y cuatro horas de distancia), las cuales serían las señales convenidas entre los carlistas para anunciar á los encargados del ataque que se acercaban las fuerzas liberales en dirección á Puigcerdá. En efecto, á aquella hora, salía de Ribas (distante siete horas de Puigcerdá con el Pirineo intermedio) la columna del bizarro coronel Cabrinetty, de cuyas operaciones y marcha hablaremos más adelante.

Detallar los infinitos rasgos de valor personal de los indómitos defensores de Puigcerdá; las mil y una peripecias de la lucha; la tenacidad tanto de los sitiadores como de los sitiados; los momentos de apuros de estos; la energía con que defendían los puestos que el enemigo creía ya suyos y de los cuales eran arrojados unos, quedando en el sitio otros; los distintos encuentros y luchas á brazo partido, y hasta los desafíos personales, puede decirse, en medio de la general matanza, son cosas de todo punto imposibles de describir.

El ataque fué simultáneo por tres distintos puntos; por la parte del convento de los Escolapios, la puerta llamada *Portal de Baix* y el *Pla del fort*, que es el sitio más débil y accesible de la población.

Las llamadas fortificaciones de Puigcerdá, consistían en algunas tapias para cerrar las entradas de las calles, barricadas y las casas aspilleras.

Llegaron en algunos de los asaltos á ganar las débiles tapias murallas, y desde lo alto de estas eran arrojados á bayonetazos: un solo carabino se deshizo de esta manera de tres, matando este mismo valiente hasta el número de diez más á tiros, pues iba recibiendo uno tras otro y disparando sin cesar los fusiles que unos muchachos y alguna mujer también cargaban y le entregaban. Otra mujer aplastó á un faccioso con una baldosa que le arrojó desde una ventana.

La fuerza que sostuvo tan titánica defensa no pasaba de trescientos hombres, á saber: unos cincuenta soldados, quince ó diez y seis carabineros, y paisanos los restantes; entre estos, veinte y cinco movilizados de la misma villa.

Las pérdidas de los sitiados consisten en diez paisanos, dos carabineros y dos soldados muertos: el número fijo de heridos no ha podido decirse, pero no baja de diez y ocho á veinte.

Entre los muertos figura el procurador de aquel juzgado señor Pedraís, persona sumamente estimada y de edad algo avanzada ya, quien como todos los demás habitantes de la villa ocupaba su puesto. Murió en una garita donde se le había destinado, con la rara coincidencia de haber muerto también en aquel mismo acto el carlista que desde pocos pasos le disparaba: en un preciso momento debieron tirar ambos, pues solamente se oyó una detonación y eran dos cuerpos los que caían exánimes. De la muerte del señor Pedraís teníamos ya noticia anteanoche, pero no quisimos adelantarla teniendo en cuenta que se halla estu-

diando en Barcelona un hijo suyo, y que contaba además aquí con otras personas allegadas.

Entre los heridos, lo fué el oficial de los movilizados don Tomás Duran, dueño de una acreditada fonda de aquella población: tiene atravesada la mano de un balazo.

Se había dicho que tenían los sitiados una ametralladora comprada con el producto de una suscripción entre el vecindario; pero no era cierta esta noticia. Para tan maravillosa defensa contaba únicamente aquel puñado de valientes, con unas débiles é incompletas tapias, con su indomable valor, y con la firme resolución, de antemano tomada, de morir antes de rendirse. Al efecto habían, momentos antes de empezar la lucha, hecho salir á los ancianos, mujeres y niños de la población, mandándolos al primer pueblo francés, á Bourg-Madame, distante menos de un cuarto de hora de Puigcerdá.

Y es de notar aquí, que es tanto más de aplaudir el patriotismo, la abnegación y el sacrificio de los puigcerdaneses y de sus demás heroicos compañeros de armas, si se tiene en cuenta que se batieron por batirse únicamente, en defensa de la patria; porque si de poner á salvo sus vidas y hasta de sus intereses, ó huir del peligro hubiesen tratado, á la mano le tenían; á pocos pasos tenían sitio seguro: allá donde enviaron sus mujeres y sus hijos hubieran también podido ir. Pero no lo hicieron, no podían hacerlo quienes habían ganado antes para su villa el título de heroica: á tal vergüenza, mil muertes antes: tal fué su propósito que una vez tomado no habían de modificar.

Las facciones que comenzaron el ataque componían un total de mil quinientos y pico de hombres: luego, ó sea durante el combate, aumentó este contingente.

Las bajas de los carlistas son numerosísimas: no bajan de sesenta muertos, que ¡horror causa decirlo! ellos mismos, los *humanitarios* carlistas, quemaron (igual hicieron en el sitio de 1837 para ocultar sus pérdidas) dentro de las casas que incendiaron. El tren petrotero se encargó de la operación; las casas consumidas por el fuego son las del propietario y alcalde que había sido de la villa, don Juan Puigbo, la llamada del *Genicó* y una tintorería á pocos pasos del *Portal de Baix*, la primera, y adosadas á la población las otras dos.

El personal de dicho tren, en su mayor parte extranjero, pereció al pié de las tapias de Puigcerdá al pretender retirar las escaleras empleadas para los asaltos.

Los heridos no bajan, cuando menos, de ciento cincuenta. De estos heridos, recogieron catorce las autoridades francesas, internándolos hacia Prades: entre estos últimos, va con un brazo fracturado un hermano político de Saballs, de apellido, según tenemos entendido, Cortazar, y el jefe, á lo que se asegura, de más empuje con que contaba el prudente caudillo y *general* en jefe de las huestes carlistas.

En prueba del inhumano acto de la quema de los carlistas, podemos añadir que la misma persona á la cual debemos la mayor parte de estos informes, vió varios fragmentos calcinados y á medio calcinar, solamente chamuscados algunos entre los escombros de las casas entregadas asimismo á las llamas.

Resulta en definitiva, y es cosa minuciosamente confesada por los testigos presenciales de la lucha de ahora y de la de 1837, que ha sido quizá la última más empuñada aun y más difícil, teniendo en cuenta las defensas de la población de entonces y el número de defensores.

Al llegar la columna Cabrinetty á Puigcerdá el día 11 por la noche con el cabecilla Grau y el otro prisionero, corrieron ambos peligro de perecer á manos de los que horas antes oponían sus pechos al plomo, al hierro y al petróleo de sus ex-compañeros de armas.

Sin embargo, venció la generosidad.

¿Obraron así ellos los «cristianos» de Don Carlos con los prisioneros de Ripoll y Berga?

Salió dicha columna á la mañana siguiente continuando la persecución.

Mucho más podríamos decir todavía; pero el tiempo de que podemos disponer no nos permite mayor extensión, y nos obliga á cortar el relato, y suprimir los comentarios y consideraciones á que se presta tan señaladísimo triunfo, tan importante victoria.»

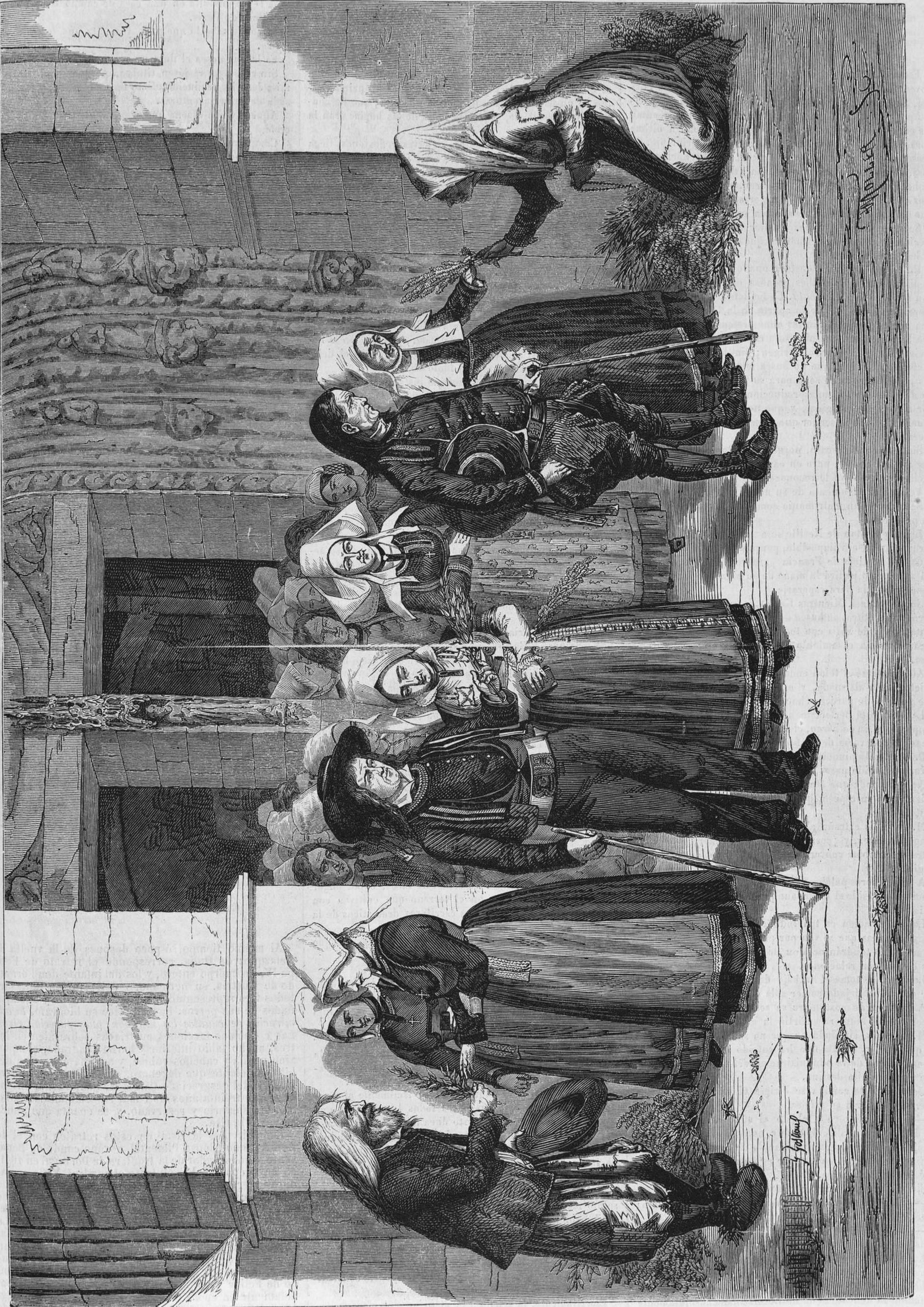
### El domingo de Ramos en la Bretaña.

El domingo de Ramos, que se llama también domingo de las Palmas y Pascua florida, precede, como es sabido, al domingo de Pascua, y debe su nombre á los ramos que en ese día llevan los fieles á la procesión, en memoria de la entrada de Jesús en Jerusalén. Con el domingo de Ramos comienza la semana santa, ó semana de la Pasión. Es una fiesta muy celebrada en Francia como en todos los países católicos; pero quizás en ninguna parte se ve más fervor que en la Bretaña, provincia tan apegada á sus creencias, á sus tradiciones y á sus costumbres, y donde el sentimiento religioso es tan profundo.

Sin embargo, las ceremonias del domingo de Ramos en la Bretaña no tienen nada de particular á la provincia: son lo mismo que en todas partes, y si algo las distingue, es como hemos dicho, el fervor de las poblaciones y el carácter de originalidad que ofrecen los tipos bretones.



SUCESOS DE ESPAÑA. — Ataque de Puigcerdá por los carlistas.



EL DOMINGO DE RAMOS EN LA BRETAÑA.

### Revista de Paris.

Estamos á fines de la temporada teatral, y llueven las novedades que es un portento. Todos los años es lo mismo. Se hace la provision á la entrada del invierno; y como por lo comun los grandes triunfos con que cuentan las empresas se reducen mucho, hay que apelar á última hora á los autores que se desdeñaron en un principio. En presencia del verano que se acerca, con su huelga forzosa, se improvisan representaciones de piezas nuevas que se habrian desechado en el invierno, y que á veces, debemos confesarlo, suelen tener mejor aceptacion que aquellas en que se habian fundado tan ambiciosas esperanzas.

Sea como quiera, vamos á tratar hoy de esta gran colleccion de novedades dramáticas que cerrarán seguramente el balance del año.

En primer lugar se destaca una obrita de M. Octavio Feuillet, estrenada noches pasadas en el Teatro Francés con el título del *Acróbata*. El brillante autor de *Dalila* merece siempre un puesto aparte en la literatura dramática contemporánea. Sin las altas pretensiones de Alejandro Dumas, que no aspira ya á reformar el teatro sino la sociedad y las leyes que la rigen; sin la desenvoltura de Victoriano Sardou, que no busca mas que triunfos positivos por efímeros que sean para su fama, Octavio Feuillet no da al teatro ninguna produccion que no esté inspirada por alguna idea original, y que no esté trabajada con la conciencia de un escritor que tiene en mucho la profesion literaria.

Su teatro será escaso, porque en estas condiciones no hay autor fecundo; pero en cambio tendrá un mérito especial que todos ya le reconocen.

Veamos el argumento de su nueva obra.

Se trata de un matrimonio como hay tantos en el mundo parisiense

Juana y Gaston de Neville se amaban entrañablemente; pero su union era imposible, porque los dos eran pobres.

Gaston se aleja de Francia para ver de hacer fortuna, y á su regreso pedirá la mano de su amada prima, si esta tiene paciencia para esperarle.

No sucede así. Mientras Gaston recorre el mundo como Gerónimo Paturot en busca de una posicion social, se presenta un M. de Solis con todas las circunstancias propias para hacer un casamiento de conveniencia, y Juana se casa.

Al levantarse el telon encontramos á la jóven esposa inquieta, como alarmada, y entregándose á una ocupacion que no deja de parecer chocante.

La pieza está perfectamente alumbrada por dos ó tres lámparas, y sin embargo, ella enciende varias bugías cuyas luces pueden verse desde fuera.

Pero esta iluminacion cesa de repente.

Juana ha oido pasos, y se apresura á apagarla.

No cabe duda que era una señal. Juana esperaba á alguien, no á su esposo, que es quien aparece en el aposento.

M. de Solis extraña algun tanto encontrar á su esposa apagando luces, y ¡cosa singular! lo primero que hace, antes de entablar conversacion, es volver á encender las bugías.

A las primeras palabras se comprende que en este matrimonio no preside el amor, aunque sí la mas exquisita cortesía.

La conversacion es tan indiferente como podria serlo entre personas que se ven por primera vez, y que probablemente no tendrán ocasion de conocerse y mucho menos de intimar relaciones.

Juana no se toma el trabajo de preguntar á su esposo por qué la ha dejado comer sola aquel dia.

A la hora de costumbre se sentó á la mesa, y es de creer que ni siquiera advirtió la ausencia de su marido.

M. de Solis, sin duda porque no se le ocurre otra cosa de qué hablar, cuenta que ha comido con varios amigos y compañeros de la administracion del ferro-carril, en la que tiene un alto destino.

Despues de la comida se dirigia al club, y de paso ha querido saludar á su señora.

— No ha sido otro el objeto al subir aquí ahora, dice M. de Solis como disculpándose, aunque al mismo tiempo arroja una mirada á la iluminacion de la chimenea.

Sigue una pausa. Juana, que está sobre ascuas, no sabe qué decir á su marido.

Sin embargo, preciso es romper aquel silencio.

— ¿Qué se cuenta de nuevo en Paris? le pregunta; ¿cuál es la crónica del dia?

— Un lance muy particular, responde impasible M. de Solis; voy á deciros.

Y refiere que una mujer casada ha huido con un hombre despreciable, un saltimbanqui, un *acrobata*, de quien se habia enamorado locamente; pero eso sí, en su fuga ha tenido la delicadeza de no llevarse nada absolutamente de la fortuna de su esposo, hombre riquísimo.

Es un rasgo de desinterés digno de señalarse, añade M. de Solis con ironía.

Y sobre esto se concluye la conversacion; M. de Solis se levanta y se despide de su señora con toda la ceremonia que habria podido emplear con la señora de mas cumplido.

— ¿Qué habrá querido decir? exclama Juana cuando se queda sola. ¿Sabrá que he encontrado á mi primo Gaston en un baile, que me ha pedido una cita; que he consentido en recibirle, y que las luces de las bugías eran la señal convenida?...

Mientras la jóven se entrega á estas reflexiones, llega Gaston radiante de esperanza; pero Juana se adelanta á sus declaraciones, manifestando que consentirá en verle y en que sea presentado á su esposo como un pariente y un amigo.

¡Un amigo! Gaston la amaba apasionadamente; durante su larga ausencia no ha vivido mas que sostenido por su amor, y debe renunciar á él... ¡Es imposible!

No hay otro remedio. Mas aun: á la primera palabra de amor que salga de sus labios, se acabaron todas las relaciones, será para la jóven un hombre desconocido.

Gaston acepta la situacion, y bajo este concepto tiene la palabra. Serán amigos y nada mas; pero la conversacion se anima, el jóven vuelve á hablar de su pasion, primero tímidamente, despues con calor, y Juana no le interrumpe. En el ardor de su discurso, ciego con el delirio, estrecha en sus brazos al ídolo de su vida...

M. de Solis aparece en el mismo instante, y arroja á los dos culpables una mirada de desprecio.

Sin embargo, se conoce claramente que le domina la ira.

El esposo ofendido sin pronunciar una sola palabra pasa al aposento contiguo.

¡Terrible instante! ¿Qué drama se prepara? Gaston y la jóven esposa se han quedado inmóviles, esperando la muerte quizás...

Por fin aparece M. de Solis, no con un revolver en la mano, sino con una determinacion firme, la de separarse de su esposa, con cuyo motivo anuncia que la devuelve su libertad dejándola el dote.

No tiene que hacer mas que salir de la casa con su seductor, y el marido exige que su salida sea inmediata.

Hé aquí pues realizadas las esperanzas de Gaston: Juana le confía su destino; huirán de Paris y serán dichosos en un pais extranjero donde nadie conozca la historia de sus amores.

¡Quién lo creeria! Esta perspectiva de felicidad no transporta de gozo á Gaston, muy al contrario; semejante porvenir le arredra tanto que da á la jóven el consejo heroico de que se refugie al lado de su madre.

Juana, herida en el alma, despide ignominiosamente al vulgar seductor, y solicita el perdón de su esposo.

Tal es la comedia, ó mejor dicho el proverbio de monsieur Octavio Feuillet, obra sencilla en su composicion, basada en una idea moral que produce siempre efecto, y escrita con esa elegancia de estilo con que este distinguido autor engalana todas sus producciones.

La actriz Mlle Croizette y los actores Bressant y Febvre, desempeñan con su talento de costumbre esta bonita comedia, que el público aplaude cual se merece.

Mientras se estrenaba esta pieza en el primer teatro Francés, en el segundo, ó sea en el Odeon, se daba un drama en cuatro actos, de M. Coppée y de M. Dartois, titulado *el Marquesito*.

Aquí entramos ya en otro orden de ideas, ó por mejor decir, nos encontramos en el terreno que cultivan con tan implacable insistencia los escritores dramáticos de la escuela moderna.

Se trata de un padre que pervierte á su hijo, porque este, segun él cree, es fruto del adulterio.

¿Puede darse monstruosidad semejante?

Con efecto, un duque de Cardillane ha tenido un hijo, á quien queria entrañablemente, hasta el dia en que recibió una carta anónima para informarle que aquel hijo no era suyo.

El duque no dice una palabra á su esposa, por temor de la deshonra que recaeria sobre su nombre, y como la vista de la inocente criatura le causa un horror indescriptible, se propone vengarse, segun hemos dicho.

Nada mas fácil: el duque envilece fácilmente al marquesito, abriendo bajo sus pasos todos los caminos que conducen á los placeres, y esto dura diez años, á vista y paciencia de la duquesa, que, sin comprender la conducta de su esposo, se consagra á combatir las livianas inclinaciones de su hijo.

Afortunadamente se atraviesa en el drama una criatura angelical llamada miss Jane, que será la salvacion del disoluto marquesito.

El amor puro triunfará del vicio.

El duque teme fundadamente que se le escape su víctima, y prepara un lazo que debe ser el golpe de gracia.

Entre sus amistades se cuenta un conde de Castera, cuya esposa elegante y llena de atractivos podria convenir á sus planes.

Efectivamente, la señala á la atencion del marquesito, le insinúa que tiene motivos para creer que será una fácil

conquista, y consigue que la haga la córte y que la condesa le dé una cita en una casa de campo de las inmediaciones de Paris.

El conde sabe lo que pasa, y medita una terrible venganza.

Es lo que desea el duque.

Sin embargo, el jóven titubea, porque ya el amor de miss Jane ha producido efecto en su corazon, y está cansado de correr aventuras.

Aquí hay una escena que repugna hasta un punto indecible.

Comprendiendo el duque que se le escapa su víctima, le hace una pintura de las voluptuosidades que le esperan, y así le decide á olvidar por un instante á miss Jane, y á correr á la cita, en donde, segun se figura el duque, le espera su castigo.

Llegamos al desenlace.

La duquesa, exasperada ya hasta el último extremo, se presenta á su esposo y le pide una explicacion de su incomprendible conducta durante tantos años.

— ¿Por qué he merecido yo tanta frialdad, tantos desprecios, tantos odios?

— ¿Por qué?... ¿Conque queréis saberlo? Pues vais á quedar satisfecha... Sois una mujer adúltera.

La duquesa permanece impasible.

— Hablad, exclama con indiferencia, con la serenidad de una persona que se halla exenta de todo remordimiento.

— Esta carta hablará por mí, dice el duque.

Y presenta el anónimo.

Ahora bien, la tal delacion se referia á una difunta hermana de la duquesa, como esta lo demuestra con pruebas irrecusables.

El duque se convierte en otro hombre: confuso y avergonzado pide perdón por su injusticia, jura que no tendrá otro amor que el de su esposa y su hijo...

¡Su hijo! A esta palabra recuerda la horrible situacion en que debe encontrarse en aquel momento.

Pero le salvará; y seguidamente, acude él tambien á la cita.

El duque llega á tiempo, y todo se resuelve á las mil maravillas. La condesa no ha desmerecido de su marido; el marquesito va á ser el ídolo de su padre, y miss Jane completará el cuadro feliz de la familia.

El drama no ha gustado ni podia gustar, porque el carácter principal que en él descuella es un tipo repugnante, inverosímil y absurdo. Es una pesadilla contra la cual protesta el buen sentido, no menos que la moralidad pública. No podemos compadecer á los autores, cuando como en esta ocasion, reciben el desengaño merecido.

En cuanto á la ejecucion, es notable por parte de monsieur Berton, el protagonista, y de Mlle Blanca Beretta, que personifica admirablemente la creacion de miss Jane.

Hemos llegado al fin de esta revista sin haber agotado nuestros apuntes sobre las últimas novedades teatrales; lo haremos en la semana próxima.

MARIANO URRABIETA.

### Velazquez.

(Continuacion. — Véase el N° 1,059).

Al mismo tiempo, ó poco despues de la vuelta de Velazquez de Italia, corresponde el retrato de Felipe IV, de cuerpo entero, y los del infante don Fernando de Austria, su hermano, y del príncipe Baltasar; todos tres representados con trajes de caza y acompañados de sus perros. Fueron, dice su biógrafo, *la admiracion de cuantos los miraban, pues parecian vivos*. Las conocidas facciones austriacas sobresalen en los tres, ancho labio inferior y barba cuadrada, complexion pálida y cabellos rubios, y aquella expresion débil ó indolente que degeneró, por último, en la cara imbécil del desgraciado Carlos II. Felipe tenia entonces unos treinta años de edad, su semblante agradable, era sombrío y reservado, y se cuenta que nunca se le vió la risa.

Concluiremos la lista de estos retratos con el de Don Antonio Alonso Pimentel, noveno conde de Benavente y gobernador de la frontera de Portugal en 1641, en cuya época debió pintarse el cuadro. Viste armadura entera, tiene la cabeza descubierta, y una mano descansando sobre el yelmo. Como representacion de la vida, es uno de los retratos mas admirables de Velazquez. La cabeza es excelente por todos estilos. La manera de pintar la brillante armadura damasquinada, en donde se reflejan los objetos inmediatos, es de un toque franco y de mano maestra. No deja de ser curioso, que en los inventarios de la casa real del tiempo de Felipe V, se atribuyese este retrato á Tiziano. Solamente en época moderna se ha identificado, asignándole á su verdadero autor. Si hubiera sido este retrato el de don Adriano Pulido Pareja, y teniendo

en cuenta su maravillosa verdad, casi daríamos crédito al cuento que refiere Palomino de que, al ver Felipe su imagen en el estudio de Velazquez, le interpeló con acritud porque aun estaba en Madrid, debiendo encontrarse fuera cumpliendo las órdenes que le había mandado. Viendo el rey que no le contestaba, y que se había dirigido á un retrato, se volvió á Velazquez, manifestándole que había sido completamente engañado. Desgraciadamente el retrato de Pareja, así como el del cardenal Borja, arzobispo de Sevilla, y los de otras personas distinguidas, incluyendo el de una señora de extraordinaria belleza, citada por Cean, han desaparecido. El del poeta Quevedo, que fué no menos celebrado, se encuentra hoy en poder del duque de Wellington.

En 1638 pintó Velazquez un *crucifijo* para las monjas de San Plácido de Madrid. Estuvo olvidado en la sacristía del convento hasta tanto que los franceses en 1808 se lo llevaron á París; allí se vendió en pública subasta al duque de San Fernando, que después se lo regaló á Fernando VII. Es el único ejemplo que se conoce de haber tratado Velazquez un asunto semejante. M. Stirling, hablando de este cuadro, dice que *nunca se pintó de una manera mas vigorosa esta inmensa agonía*. El elogio es merecido, aunque en el mismo asunto se hayan esforzado todos los grandes pintores conocidos. Velazquez demuestra aquí que podía dibujar y modelar la forma humana con la mayor destreza y corrección. El efecto solemne del cuadro se aumenta con la total oscuridad del fondo, y por dejar velada una parte del rostro del Señor con la porción del cabello que la oculta.

Felipe IV encargó á Velazquez en 1647 la pintura de un cuadro histórico que representase el gran acontecimiento de su reinado, la toma de Breda, y el mismo encargo recibió otro pintor español llamado José Leonardo. Ambos cuadros se pintaron para el salon de comedias del palacio del Retiro, y ahora se encuentran en el Museo del Prado. Ofrecen el ejemplo mas palpable de cuán diversamente pueden tratar dos personas el mismo asunto, y solo bajo este punto de vista merecen compararse. El cuadro de José Leonardo, pintor que gozaba de mucha reputación, y cuyas obras se elogian todavía entre los escritores españoles, ofrece la prosaica y convencional representación de este acontecimiento, tal como se le hubiera ocurrido á una inteligencia vulgar. Spinola, montado en su caballo, recibe con altanería las llaves de la ciudad, que le entrega Justino de Nassau, á quien coloca humildemente arrodillado en su presencia. Es el conquistador arrogante, que humilla hasta el extremo al valiente que la fortuna le ha entregado prisionero. La composición y el color son tan pobres y tan débiles como el pensamiento. ¡Cuán diversamente concibió Velazquez la misma escena! Desechando toda idea convencional, y estrictamente apegado á la naturaleza, representó el mismo acontecimiento, tal como debió haber sucedido, colocando á nuestra vista dos bravos generales que, en su relativa situación de vencedor y vencido, se encuentran el uno con el otro, como caballeros y como iguales, el uno reconociendo la destreza de su victorioso adversario, el otro respetando el valor y la desgracia de un bizarro y honrado enemigo. No conocemos ningun cuadro histórico mas hermoso. Demuestra la extraordinaria valentía de Velazquez para *realizar* un acontecimiento sencilla y naturalmente, así como para expresar el talento individual. Justino de Nassau, después de una defensa heroica de cerca de diez meses, fué obligado á entregar por hambre la ciudad al marqués Ambrosio Spinola. Aunque la guarnición se había entregado á discreción, Spinola se negó á sancionar esos actos de sangre, de violencia y de robo, que tantas veces manchan las conquistas, permitiendo generosamente que la guarnición saliese con los honores de guerra, y recibiendo á su jefe con la distinción y cortesía debidas á su valor y á su rango. Velazquez ha comprendido y representado admirablemente el carácter y los sentimientos de los dos generales. Spinola, para evitar demostraciones de superioridad sobre su adversario vencido, se ha desmontado del caballo y recibe á Justino con la cabeza descubierta, impidiéndole que se arrodille y colocando cariñosa y cortésmente la mano derecha sobre su hombro. Su expresión y su actitud son las de un hombre humano y las de un perfecto caballero. Velazquez sin duda ninguna se fijó en su parecido durante el viaje que hizo á Italia en compañía del ilustre genovés. Justino, con una mirada de resignación y de pena, se inclina hácia adelante al tiempo de entregar á Spinola las llaves de la ciudad. Las tropas españolas y flamencas presencian el acto, colocadas á uno y otro lado. Era necesario este sistema de composición para explicar el hecho; pero los dos grupos y las masas de color están diestramente ligadas entre sí por los brazos extendidos de Spinola. Detrás del general español aparecen de pie el marqués de Leganés y varios nobles españoles é italianos; una hermosa cabeza que hay al costado derecho con sombrero de plumas, se cree que sea la del mismo pintor, aunque las facciones no convienen con las de sus retratos auténticos. El contraste de los soldados españoles y flamencos se presenta sin exageración ni caricatura. Los españoles, distinguidos y altaneros. Los flamencos, robustos y honrados. En cada cabeza se encuentra reproducida la mas intensa individualidad de expresión y de carácter. A lo lejos se descubre la ciudad, con sus fortalezas aisladas, y las líneas de los sitiadores, y mas allá una vasta extensión de ter-

reno atravesado por el rio Merk. El efecto del espacio y del aire es sorprendente: el color fresco y brillante, el tono general azul plateado; los numerosos detalles están ejecutados con el esmero mas exquisito; las cabezas admirablemente modeladas y la composición llena de movimiento y de vida.

Este cuadro se llama generalmente de las *Lanzas*, en razón á las muchas que hay que cortan el celaje detrás de los jefes españoles. Demuestra quizás, mejor que ninguna de sus obras, la variedad y la originalidad de Velazquez como pintor de historia, de retratos, de animales y de paisaje; es el triunfo de su segunda manera.

Los celebrados *Enanos* de Velazquez fueron pintados probablemente después del retrato ecuestre de Felipe IV y la *Rendición de Breda*. Era costumbre en el siglo XVII de los reyes de España y los de otros países, de tener en su corte estas criaturas deformes, de las cuales no carecían tampoco los ricos nobles españoles. Velazquez ha retratado enanos mas favorecidos de la corte, dando á cada uno su individualidad y la expresión y el gesto que le eran peculiares. El *Primo*, como comunmente se le llamaba, está sentado en una roca, vestido de negro, con un ancho sombrero del mismo color. Tiene una expresión de dignidad solemne y altanera, propia de un grande de España, estudiando en un infolio forrado de pergamino la genealogía de su antigua raza. *Don Sebastian de Morra* tiene la expresión desagradable y vengativa, tan comun en esta clase de seres. Sentado en el suelo con arrogancia, se le ve con los puños cerrados y las piernas extendidas. El *Niño de Vallecas*, de mirada y sonrisa estúpida, tiene en la mano un mendrugo de pan. El *Bobo de Coria*, encorvado, con las manos juntas descansando en una rodilla, sonriéndose de una manera imbecil. Bajo el punto de vista del color, del modelado y de la individualidad, estos retratos son de primer orden, están pintados con un toque franco y vigoroso y poseen esos asombrosos efectos de claro oscuro que siempre deleitaron á Velazquez.

Velazquez acompañó al rey en 1643 á su campaña contra los rebeldes de Cataluña, una ocasión en que Felipe desplegó por unos cuantos meses una habilidad y energía muy poco comunes á su vida indolente y sin provecho. Se halló en la entrada triunfal de Su Majestad en Lérida, cuando hizo probablemente el boceto del retrato ecuestre que dejamos consignado. Velazquez perdió un generoso protector y amigo con la caída de Olivares, cuya ambición y mal gobierno trajeron á su país continuos desastres, colocándolo entre las naciones de segundo orden. No titubeó, sin embargo, en demostrar su respeto y simpatía por el ministro caído, sin perder por esto el favor del rey. Esta muestra de su valor é independencia causa la admiración de los escritores españoles.

Velazquez fué nombrado en 1643 *ayuda de cámara* y estuvo en el continuo servicio de Felipe, que frecuentemente le consultaba en los negocios importantes del gobierno, y probablemente por indicaciones suyas formó el rey la intención de fundar una Academia de Bellas Artes y de enriquecer su espléndida colección de cuadros con las obras maestras que hacia poco habia comprado de la galería de Carlos I de Inglaterra. Mandó al pintor mismo que fuese á Italia para comprarle estatuas y cuadros con ese objeto, y Velazquez, obedeciendo á la orden, salió de España con el duque de Nájera, que iba á Trento á recibir á Doña Mariana de Austria, la segunda mujer de Felipe.

Velazquez visitó de nuevo las principales ciudades de Italia, estudiando sus colecciones y sus escuelas de pintura. Volvió con placer á Venecia, donde compró para el rey algunos lienzos importantes de sus maestros favoritos, especialmente de Tintoretto, y en Parma llamaron su atención las obras de Correggio. Pasando rápidamente por Roma, llegó á Nápoles con el fin de presentarse al virey, conde de Oñate, que tenia encargo de facilitarle fondos para cumplir la comisión del rey. Habiendo pasado un poco tiempo con su amigo Ribera, volvió á Roma, donde fué recibido con grandes demostraciones de afecto por el papa Inocencio X. Ningun pintor de verdadera importancia existía entonces en aquella ciudad. Los grandes *eclecticos* se habían marchado ó se habían muerto. Pedro de Cortona, dibujante vigoroso, pero sin verdadero genio ni originalidad, era el jefe de los pintores, y la escultura estaba representada por Bernini, con sus extravagantes imitadores. Velazquez no tenia nada que aprender de ellos; pero ellos á su vez podían haber aprendido mucho de él, y hubieran visto además cuánto habia aprovechado de aquel estudio de la naturaleza que ellos abandonaban. Pero el arte decaía visiblemente. Desmembrada Italia por las ambiciones rivales de Francia y de España, vendida por sus propios príncipes y empobrecida por guerras y opresiones constantes, habia entrado en ese periodo de abatimiento político y moral que duró dos siglos, y del cual no ha empezado hasta ahora á reponerse. Se fundó una academia en Roma, pero no demostró tendencias á que renaciese el arte, y no es extraño que el retrato que hizo Velazquez de su mulato esclavo, Juan de Pareja, que le acompañó en ambos viajes en Italia, produjera la admiración y el entusiasmo de los romanos. Semejante éxito decidió á Inocencio X á que Velazquez le retratase. El retrato del pontífice permanece todavía en el palacio de Panfilo Doria, y es justamente considerado como uno de los principales tesoros de aquella ciudad tan rica en monumentos, y

fué probablemente la obra mas notable que pintó Velazquez fuera de España. El papa le regaló, como muestra de su satisfacción, una cadena y una medalla de oro con su efigie; su sobrino el cardenal Panfilo y algunos grandes personajes de la corte imitaron el ejemplo de retratarse por el pintor español.

Llevaba Velazquez dos años de ausencia, y Felipe deseaba que volviese. Su amigo don Fernando Ruiz de Contreras le hizo una indicación en este sentido, y al punto se volvió, llegando á Madrid en el mes de junio de 1651. Tuvo el rey grande placer con su vuelta, y estando vacante el destino de *apostador mayor*, fué solicitado por Velazquez y concedido por el monarca, el cual le eligió entre cuatro candidatos, sin tener en cuenta que era Velazquez el que menos recomendaciones tenia de los grandes personajes de la corte. Sus principales deberes consistían en dirigir las ceremonias y las fiestas públicas, en buscar alojamiento y provisiones para el rey en sus viajes, en vigilar los palacios reales y á varios oficiales subalternos. A pesar de que el empleo era honorífico y lucrativo, y colocaba al pintor en relaciones aun mas estrechas con el rey, dándole entrada en cualquier tiempo hasta su real presencia, le proporcionó cargos desagradables, y le ocupaban, por desgracia, gran parte del tiempo que pudo haber aprovechado mejor en sus cuadros; fuera de que le mezclaba en cuestiones que apuraban su genio y su paciencia.

Velazquez trajo consigo de Italia muchas pinturas de mérito, algunas de pintores que vivían entonces, las cuales forman hoy parte del hermoso Museo de Madrid. El nuevo estudio que hizo de los maestros italianos, produjo otro cambio en su manera de pintar. Tres de sus lienzos del Museo ilustran los efectos inmediatos de esta influencia italiana: la *Coronación de la Virgen*, pintada para el oratorio particular de la reina, el *Dios Marte* y el *Mercurio y Argos*. En ellos intentó, aunque sin éxito, imitar el colorido de la escuela veneciana. La *Coronación de la Virgen* demuestra su acostumbrada habilidad en la representación de la naturaleza, pero carece de la dignidad y del sentimiento religioso que requiere semejante asunto. Las cabezas de las dos personas de la Trinidad tienen un carácter vulgar; son dos tipos bellos, y nada mas. La Virgen es un hermoso modelo italiano, tal como pudo haberlo encontrado en Roma. Algunos ángeles están pintados con talento, el tono general es mas caliente que lo que acostumbraba Velazquez, y los blancos y los tonos de luz, son brillantes y de efecto, pero el color es monótono y se inclina á un tono morado. Falta variedad en los paños, los cuales están divididos en pliegues menudos, pobres, y mal comprendidos, cosa rara en las obras de Velazquez. Iguales defectos se encuentran en los otros dos lienzos que pintó por el mismo tiempo. El *Marte* es simplemente el estudio de un modelo hecho con talento; los detalles están ejecutados con el esmero propio suyo, pero domina un tono rojo poco agradable, y el cuadro carece de interés. Lo mismo puede decirse del *Argos y Mercurio* que es poco mas que un boceto. Velazquez debió conocer su falta de acierto; porque estos tres cuadros, pintados á un mismo tiempo, fueron los únicos que resultan haberse ejecutado en semejante estilo. Adoptó una manera mas acomodada á su genio, y diversa sin embargo de la de los grandes coloristas que él mas admiraba, Tintoretto, Tiziano y Rubens. En su segunda manera, nunca consiguió igualarlos en brillantez ni en ese rico y armonioso colorido que constituye el encanto de los pintores venecianos; pero su segundo viaje á Italia y su mayor conocimiento y estudio de los maestros italianos, fueron provechosos para él. Desde luego le indujeron á abandonar á un tiempo la dureza del perfil y la falta de gradación natural de la luz á la sombra, que se notan en sus primitivas obras, y aun parece que tomó de Andrea del Sarto, y de algun otro de la escuela Florentina lo que los italianos llaman *sfumatezza*, ó sea la vaporosa mezcla de colores que se distingue en algunos de sus últimos cuadros. Produce el efecto que desea, especialmente en los detalles, con un sistema mucho mas franco y mas sencillo. Su toque adquirió tanta seguridad y maestría que Rafael Mengs dice con razón de uno de sus cuadros, *las Hilanderas*, que parecia mas bien el resultado de su pensamiento que la obra de su mano. Sus lienzos posteriores se ven, por consiguiente, y se comprenden mejor desde lejos que desde cerca. El tono general de ellos es muy bajo y tranquilo, casi oscuro, como en las obras de su juventud; pero las sombras son transparentes, no pesadas y pardas como en su primera manera. La luz y la sombra, contrastadas con un efecto admirable, y la perspectiva aérea, están asombrosamente hermanadas con el natural, y producen una impresión tan fuerte de la realidad que en algunos casos, tales como en la representación de los interiores, el efecto es enteramente maravilloso. Con arreglo á esta tercera manera están pintados los hermosos lienzos de *las Meninas* y *las Hilanderas* del Museo de Madrid.

La mayor parte de los pintores de genio, desde Rafael hasta Turner, han tenido tres maneras ó estilos, y se comprende fácilmente la razón. Cuando se encuentran bajo la inmediata influencia de sus profesores, los siguen y los imitan hasta cierto punto, como hizo Rafael con el Perugino. Cuando adquieren mayor confianza en sus propias fuerzas se emancipan de las primeras impresiones, y toman un camino propio, formando su segunda manera, en la cual domina su individualidad. Adquieren después confianza con la ex-

perencia, y mayor facilidad en la ejecución, y entonces adoptan su tercer estilo, en el cual producen en unas ocasiones obras maestras en donde se combinan sus mas altas cualidades, y en otras como sucede con Turner, degeneran en extravagancias, y desprecian los conocimientos adquiridos y los fines del arte.

Por esta causa *las Meninas* y *las Hilanderas* pertenecen al período en que alcanzó mayor desarrollo el genio de Velazquez, y ambos cuadros fueron pintados en el año de 1656. Demuestran una destreza consumada, y un conocimiento completo de la parte técnica de su arte. Lucas Jordan dijo del uno de ellos que era la *Teología de la pintura*; porque así como la teología era la primera de las ciencias, y comprendía á todas las demás, así el cuadro de Velazquez contenía todo lo que era necesario para aprender y poseer el arte. La observación de Mengs sobre *las Hilanderas* la hemos indicado antes, y ambos juicios contienen mucha parte de verdad.

*Las Meninas*, ó según entonces se llamaba, *la Familia*, representa á Velazquez en su estudio pintando la familia real. Felipe IV y su mujer Mariana de Austria, se supone que están de pie enfrente del artista; no se ven, pero se reflejan en un espejo que hay en el opuesto muro. En el primer término del cuadro, se encuentra la princesa niña, Margarita Maria, acompañada de una enana deforme y de abultada cabeza, que se llamaba María Barbola. Un enano, bien proporcionado aunque muy pequeño, Nicolasio Pertusato, está molestando con el pie á un enorme mastin que duer-

### DESTRUCCION DE LAS LANGOSTAS EN ARGELIA.

(Buscan los huevos y cuentan la cosecha.)

me echado en el suelo sin hacerle caso ninguno. Detrás de este grupo hay dos señoras de la servidumbre de la princesa, su dueña Marcela de Ulloa, y una guarda damas. A su derecha se encuentra el pintor mismo delante del caballete, con la paleta y los pinceles en la mano. En el fondo se ve al aposentador de la reina, don José Nieto, al través de una puerta abierta, subiendo unos escalones y desviando una cortina. En las paredes de la habitación se ven colgados cuadros con marcos de ébano, con arreglo á la moda de entonces. La pequeña infanta es una niña débil y enfermiza, y está vestida con el extravagante traje de la época. Sus dos meninas, que procuran entretenerla,

Cuanto mas se mira este lienzo, mas resalta el dominio del pintor sobre los medios de que disponia; y su maravilloso poder para copiar la naturaleza como representación de la verdad no lo podria sobrepasar la fotografía, á la cual se parece en muchas circunstancias del claro oscuro. Excede, sin embargo, á la fotografía en la delicada gradación de los tonos y en la manera sutil de expresar la perspectiva aérea, rivalizando con las obras de Hoogh en los electos de luz y de atmósfera producidos por la puerta abierta y por el rayo apagado de sol que entra por la ventana del lado.

(Se continuará).



DESTRUCCION DE LAS LANGOSTAS EN ARGELIA. — Modo de destruir langostas enterrándolas.

## La Exposición universal

DE VIENA.

## El pabellon del Emperador.

Dentro de algunos dias tendrá lugar la apertura de la Exposición internacional de Viena, establecida en el Prater, en los vastos edificios contruidos al efecto, y quedará abierta hasta el 31 de octubre. El palacio está ya dispuesto á recibir de todos los puntos del globo á las personas que no cesan de llegar á aquella capital, así como las instalaciones, que están ya en gran parte terminadas.

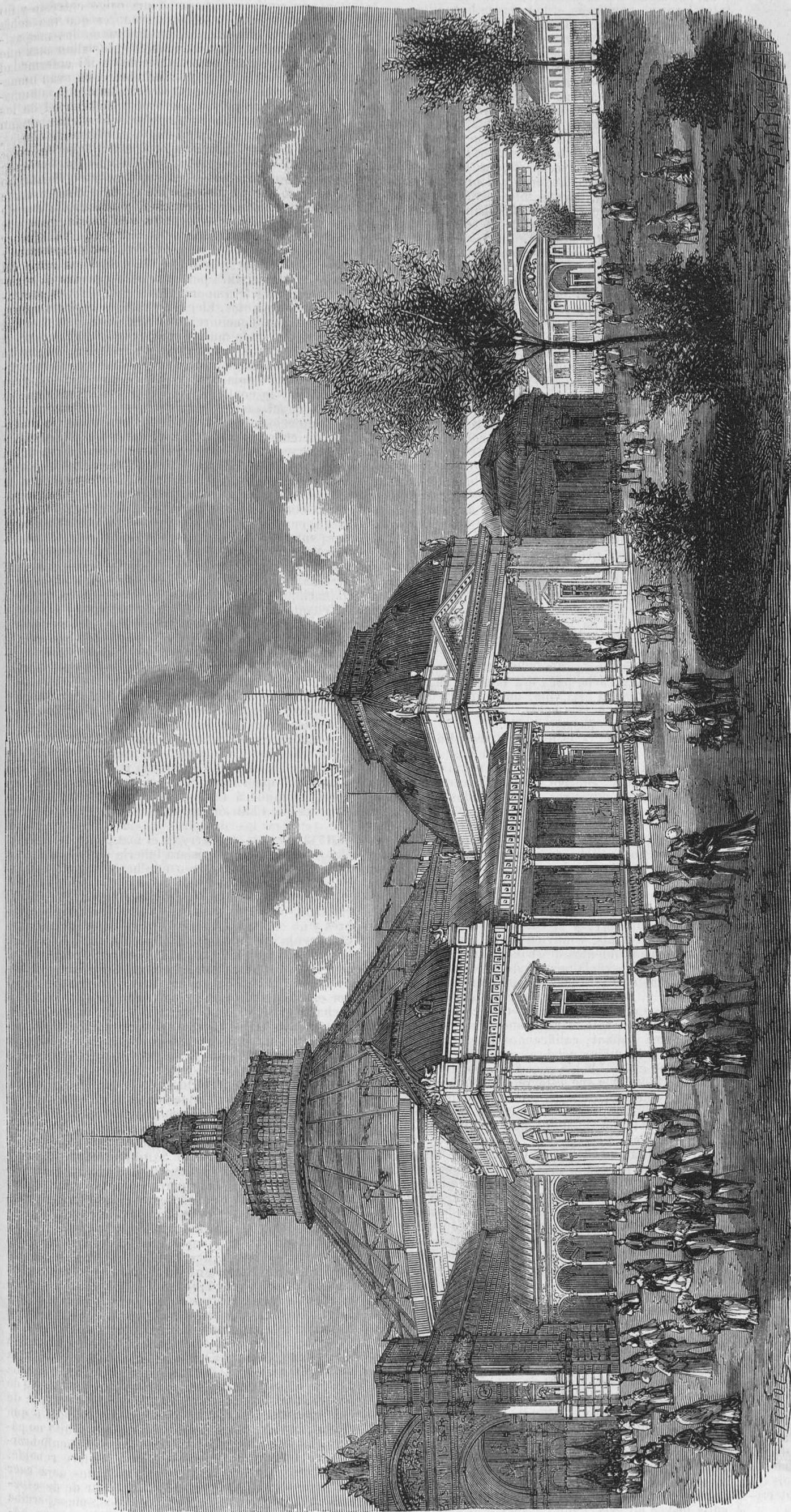
Los objetos expuestos se hallan divididos en veinte y seis grupos, clasificados del modo siguiente: explotación de minas y metalúrgia; agricultura y horticultura; artes químicas; sustancias alimenticias y de consumo; industria de materias textiles y confección; industria del cuero y del cautchuc; industria de los metales; madera trabajada; industria del vidrio y de objetos de barro, loza y porcelana; quincallería, objetos bronceados y de tafeletería; industria del papel; artes gráficas y dibujos industriales; máquinas y material de transporte; instrumentos de precisión y de cirugía; instrumentos de música; arte militar; marina; material y procedimientos del cuerpo de ingenieros civiles, de obras públicas de arquitectura; modelos de casas urbanas y rústicas; industria nacional doméstica; exposición de los museos de bellas artes aplicados á la industria; educación, instrucción y enseñanza; arte religioso y bellas artes.

En el edificio destinado á estos últimos, las obras están divididas en ocho grandes salas y ocho galerías. La mitad está destinado á la Francia, que se encuentra así dueña de un espacio equivalente al de todas las demás naciones reunidas, excepto Austria, que se ha reservado un sitio separado. Las galerías reciben la luz por ventanas laterales, y los salones por la parte superior, así como el resto del palacio y la rotonda; con este sistema, que en general ha sido aprobado, se consigue dar á los objetos mas tono y mas relieve.

El conjunto de los edificios de que se compone el Palacio de la Industria, mirado por su parte exterior, no puede negarse que es notable, pues si se le puede reprochar de monotonía á las vastas líneas uniformes de estos edificios, esta monotonía la rompe agradablemente los grupos de árboles, las fuentes provistas de surtidores y los parterres á la inglesa, adornados con césped. Por lo demás, no puede negarse que estas construcciones son en su mayor parte notables, las unas por su forma, las otras por su magnitud, y casi todas por su elegancia. En el centro la inmensa cúpula de la rotonda que las domina, desde su imponente altura, produce el mejor efecto.

Entre los edificios que mas llaman la atención, se cita el pabellon del Emperador, por su magnificencia. El dibujo que damos permite á nuestros lectores juzgar de él. Después vienen el palacio de las artes, los pabellones de los aficionados, el pabellon turco, el del virey de Egipto, y por último, el círculo oriental. Este último edificio, que es un conjunto de todas las originalidades que se encuentran en Constantinopla, si no es el mas bello de la Exposición es seguramente el mas curioso. Muy en breve describiremos estas diversas construcciones, pues nos proponemos estudiar con gran atención esta exposición, contando al efecto con corresponsales especiales y competentes, que nos permitirá tener al corriente á nuestros suscritores de todo lo que nos parezca digno de mencionarse.

L. C.



EXPOSICION UNIVERSAL DE VIENA. — El pabellon del Emperador.

## Hace cien años

1772

## EPISODIO DEL ANTIGUO RÉGIMEN.

(Continuacion. — Véase el número 1,039).

Esta relacion fué hecha con la mayor rapidez y á media voz, y apenas hubo concluido, que poniéndose en pié el jóven, pálido y con la vista extraviada como si hubiera recibido una ofensa, exclamó con el mayor furor:

— ¿Es quizá una chanza? ¿Quién sois, caballero, para usar conmigo semejante lenguaje?

Su movimiento fué tan brusco, que al mismo tiempo que su vaso cae al suelo y se quiebra, su mano crispada hace un desgarron en el mantel de veinte centímetros, cuando momentos antes apenas era perceptible.

Este suceso puso en conmocion á todos los que estaban en la cocina. Moufflot y sus convidados se habian levantado al oír al fogoso viajero, y aun se dudaba el resultado que tendria este acontecimiento, cuando en el mismo instante la puerta se abre y entran dos hombres de malas trazas, llevando el primero una linterna y el segundo un libro debajo del brazo, armado de un palo. No era muy difícil de reconocer en esta horrible pareja á dos bravos de M. Sartine, el fénix de los jefes de policia, pues en aquella época los agentes de seguridad se reclutaban en las prisiones. Era bien sabido en Paris que no entraba ni salía una sola persona que no llegara á conocimiento de la policia; todo lo que se vendía ó se compraba en la capital, todo lo que se hacia, y en una palabra, todo, por indiferente que fuese, no pasaba desapercibido para este moderno Argus; habiendo conseguido, segun él, elevar la policia á un arte, y aun se aseguraba que la mitad de Paris espiaba á la otra mitad. Sin embargo, la única objecion que se le podia hacer, era que con un sistema tan perfeccionado apenas se cuidaba de los ladrones y asesinos.

El hombre que llevaba el registro, seguido del portador de la linterna, dijo al llevar la mano al ala de su sombrero, al mismo tiempo que dirigia una rápida mirada sobre los extranjeros.

— Buenas noches, M. Moufflot, ¿os han llegado viajeros esta noche?

— Y despues, sin esperar la contestacion:

— Estos señores tendrán la bondad de enseñarme sus pasaportes.

El jóven extranjero, un poco conmovido aun por el incidente que acababa de tener lugar, coge de su bolsillo la cartera, y sacando un pasaporte, se lo entrega al funcionario.

— El caballero Hector de Rochefeuille, pasaporte expedido en Bristol por el cónsul de Su Majestad. Está muy bien, contestó el del registro. Cuando deseis dejar á Paris, caballero, os servireis pasar á la oficina del teniente general en el Chatelet, y os devolverán este documento, que guarda segun costumbre. Debeis entregarme veinte y dos sueldos, y lo que gustéis añadir (aquí los dos agentes se descubren con la mayor atención) á vuestros humildes servidores que no cuentan con mas salario para atender á su subsistencia.

El caballero le entrega un pequeño escudo. Al mismo tiempo el segundo viajero presenta tambien su pasaporte, acompañado de una moneda de igual valor. Desplegada que fué la nueva hoja, el agente de M. Sartine lee: M. Bernardin de Saint-Pierre.

## II.

En todos los tiempos hay hombres tan amantes de su pais que se sublevaron contra aquellos que no comparten con ellos su ardor y la vivacidad de sus sentimientos.

El bondadoso é indulgente M. de Saint-Pierre, amaba á su rey y á su pais, con toda la sinceridad de un buen francés; pero jamás se mostró severo ni alarmado porque los negocios no marchasen segun sus deseos.

El lenguaje, algun tanto violento del caballero de Rochefeuille, al saber el estado de los negocios públicos, le pareció desde luego un poco exagerado, y de tan funestas consecuencias para el jóven, que creyó necesario combatir con prudentes argumentos.

En su consecuencia, cuando los agentes de M. Sartine se alejaron, propuso dar un paseo por la poblacion.

— Hace una magnifica noche, le dice, las calles están secas, gracias á la helada; la claridad de la luna nos convida á dar un paseo, ¿os agradaria volver á ver Paris, sin esperar á mañana? De este modo os daré la contestacion á la pregunta que me habeis dirigido, y que si no tengo mala memoria, me interrogabais quién era yo.

Las calles de Paris, hace cien años, han sido descri-

tas por algunos pesimistas como vias sucias, en donde la pierna se hundia en el lodo hasta la rodilla; y por los optimistas como paseos magnificos frecuentados por señores vestidos de seda y terciopelo, paseándose con paso acompasado del brazo de elegantes damas arrastrando sus magnificas colas, y en donde hasta las personas mas pobres usaban los polvos y el moño.

Si comparamos ambas aserciones igualmente exageradas, no podriamos menos de asegurar que habia tanto lodo como polvo, con la ventaja de contentar así á todos. Paris era entonces como hoy le vemos, una poblacion alegre y bulliciosa. Sus calles estrechas y tortuosas, en su mayor parte, no se parecian en nada á los bulevares modernos, si bien entonces no carecian de belleza, aunque solo fuera por las muestras pintadas ó doradas que flotaban á merced del viento, como otras tantas banderas colocadas en honor de alguna fiesta nacional.

Es cierto que todo este esplendor desaparecia con el día, porque en aquellos tiempos los hombres, digámoslo sin metáfora, eran bien poco ilustrados. Sin embargo, hacia el año de 1771, un gran descubrimiento vino á cambiar el aspecto de Paris durante la noche, pues entonces se concibió la idea de aumentar la luz de las lámparas por medio de placas de estaño de forma cóncava, que hacian las veces de reflectores; y que despues M. Sartine aplicó esta invencion para alumbrar las calles.

Las tiendas usaban faroles de papel; pero solo quedaban abiertas durante la noche, en las que se vendian comestibles, porque las de los sastres, joyeros y traficantes de objetos preciosos, cerraban al anochechar.

Si las calles eran estrechas, como acabamos de decir, este inconveniente no se hacia notar, porque eran muy reducidos el número de carruajes que circulaban en Paris. Así que cuando alguna vez durante el día ó al anochechar aparecia alguno, todo el barrio se ponía en conmocion durante cinco minutos.

Entonces, á los gritos desparovidos de: « ¡Plaza! ¡plaza! » se sucedian correos que galopaban seguidos de lacayos que llevaban antorchas, si era de noche; y despues, en medio de los chasquidos del látigo, los juramentos de los lacayos, los ladridos de los perros y el aturdimiento de las mujeres, pasaba como un rayo, salpicando de lodo á los transeuntes, la carroza de algun gran señor.

Estas apariciones no eran frecuentes, porque la corte no residia en Paris, pues era tanto el amor que el rey Luis XV tenia á esta villa, que para ir de Versalles á Vincennes ó vice-versa, solía dar un rodeo de dos leguas para no pasar por ella.

Esta antipatía no tenia nada de extraordinario, pues Paris seguia siendo fiel á sus tradiciones, y la única que aparecia como soberana, era la pandilla enciclopédica, y Voltaire, Diderot y Alembert eran sus idólos. Así que los ministros eran tratados sin ningun respeto.

Maupéou, era el objeto de no pocas canciones populares; el abad Tersay habia sido apedreado, y el mismo rey no se libró de iguales insultos, viéndose obligada la policia con demasiada frecuencia á quitar de los muros inscripciones llenas de insultos sobre « Blaise » y la « Bella burbonesa, » apodos puestos por el populacho á Luis XV y á madama du Barry.

M. de Saint-Pierre y el caballero, bajaron por la calle de Saint-Denis, y muy en breve trató de disipar los tristes pensamientos de su compañero, hablando, aunque muy superficialmente, de todos los acontecimientos mas notables del día; del ministerio de lord North, del último cuadro de Greuze, de las *Cartas atenienses*, de Crebillon, hijo, que calificó de inferiores á *Sopha*, aunque mas moral, concluyendo por hablar de madama Deffant, calificando de ridicula la pasion, que esta mujer célebre, aunque tan anciana y ciega como estaba, habia concebido por Horace Walpole. Era indudable que esta relacion interesaba muy poco al caballero, pues jamás habia oido hablar de madama Deffant, y aun menos de M. Walpole; y en cuanto á Crebillon, lo único que conocia, no le era muy favorable.

— Veo, continuó M. de Saint-Pierre, que todavía estais bajo una penosa impresion. Hacedis mal en atormentaros de esa manera, ¿por qué os afligis de lo que no tiene remedio, ó al menos que no está en nuestra mano el evitar? Creedme, no conocemos bastante las fuerzas que gobiernan el mundo para no estar seguros que lo que nos hace llorar hoy nos hará reir mañana. En mis primeros años era muy dado á la critica como vos, pero la experiencia me ha demostrado que no siempre era fundada, y que con frecuencia el mal que recibimos viene algunas veces del azar y no de la intencion del hombre, que pocas veces es malo por instinto. En cuanto á mí, al elegir la carrera que debia seguir, mi vocacion fué entrar de misionero, pero mis padres, mas prudentes, hicieron de mí un ingeniero. Esta cualidad me hizo desempeñar algunos cargos en donde creí descubrir abusos muy lamentables, cometidos por mis jefes, y al obrar así fui injusto en este concepto y relevado de mi cargo. Comprendí despues, aunque tarde, que los hombres á quienes acusaba, eran tan buenos y quizá mejores que yo: que uno que habia creído un ladron, llevaba una vida llena de privaciones para mantener á sus padres, y que otro, lejos de ser cruel, tenia hasta una pasion por los animales. Regresé á Paris, en donde he vivido en la mayor miseria, dando lecciones de matemáticas. Algunos de mis discípulos no me pagaron mis hono-

rarios; y al calificarles de estafadores, obré con bastante precipitacion; pero un día caigo enfermo y fui asistido por uno de estos acreedores que me debía tres libras y diez sueldos, prodigándome los mas asiduos cuidados, y que indudablemente valian mas que su deuda. Despues de restablecido de mi enfermedad me trasladé á Rusia, y ya vislumbraba un gran número de trabajos para el progreso de los destinos humanos, particularmente un proyecto de libertad de los siervos; pero ¡ah! mis planes no obtuvieron ningun éxito. Desanimado, y queriendo vengarme de los rusos, que tan mal me habian tratado, me refugié en Polonia, en donde combatí en las filas de este valiente pueblo. Un día, herido en un encuentro, fui hecho prisionero por un ruso que me conduce á su casa, me asiste con la mayor abnegacion, y cuando fui curado me ofreció los únicos recursos que poseia, para que regresara á mi pais. Ante estos ejemplos, ¿podia creer en la perversidad del hombre? No, solo debemos culpar á sus errores. Creedme, la naturaleza hace del hombre una criatura perfecta, pero despues la sociedad lo pervierte, imponiéndoles obligaciones contrarias á sus instintos. Elegid un hombre el mas egoista, sondeadle, y concluireis por encontrar una bondad natural, ignorada muchas veces por él. Esta noche, al cenar, he tratado con gran severidad al duque de Aiguillon y á madama du Barry, á causa de la reparticion de la Polonia, que la considero como una gran desgracia, lo confieso, pero este sentimiento que es innato en mí, no me prueba que estos personajes sean mal intencionados. El rey no se levanta por la mañana, diciendo: « Hoy voy á cometer una injusticia. » No, si hace alguna, debe culparse á la debilidad ó á la ignorancia ó á algunos falsos informes. Lo mismo le sucede al duque de Aiguillon, que reduce á la mayor miseria á los pobres bretones, que rehusan pagar la contribucion, y que lloró á lágrima viva, segun dicen, cuando un niño se le presento pidiendo gracia para sus padres, sumidos en la indigencia. El canceller Maupeou, que ha desterrado al parlamento, y que no queria violar la ley, y el abad Terray, que nos arruina, pero con el loable deseo de disminuir la deuda nacional y hacernos los mas felices de los pueblos. En cuanto á esa mujer que dirige al rey, y que además nos gobierna, si pudiéramos leer en su corazon, ¿qué veriamos? un deseo vehemente de conservar la plaza que tiene. Por lo demás, ella puede reunir excelentes cualidades, y se dicen que es muy reconocida y adicta á sus amigos.

El caballero habia escuchado con la mayor atencion sin interrumpir á su compañero; pero al oír disculpar la conducta de la du Barry, exclamó:

— Caballero, comprendo la indulgencia para muchas personas, pero para esta mujer, ¡jamás! Hay otras que han ocupado su misma posicion, y que han conseguido que se perdonen sus errores, como Agnès Sorel, armando á Carlos VII contra los ingleses; la duquesa de Châteauroux excitando á Luis XV para que vengara los desastres de la funesta campaña de 1743; pero la du Barry es el mal genio de la Francia. Os aseguro que quisiera tenerla entre mis manos para estrangularla, y creo que haria un acto meritario á los ojos de Dios.

— ¿Por lo que oigo, queréis ser enrodado? ¡Bah! creedme, caballero, desechad todas esas ideas lúgubres y no os irriteis contra el mundo porque no marcha segun vuestros deseos. Haced como yo: mirad, en este momento vengo á Paris para dedicarme al cultivo de las letras con mi amigo Rousseau, que tiene un carácter insoportable; pues bien, no me altero por eso. Vos sois jóven y teneis buena presencia. Aprovechad, pues, de estas ventajas y procurad elevaros, pues todavía teneis cinco ó seis años para saciar vuestra ambicion... y dedicaros al amor. Pero, ¡Dios me perdone! no me escuchais. ¿Qué teneis, que miráis con tanta atencion de ese lado?

— ¡Dios mio! excusadme, os lo suplico, dijo Hector de Rochefeuille, porque conservo de esta calle los mas gratos recuerdos. Busco una casa que debe estar por aquí y en que vivia, hace diez años, la jóven mas encantadora que jamás he conocido.

— ¡Diez años! dijo M. de Saint-Pierre.

— Sí, diez años. Es antigua la fecha, ¿no es verdad? Y sin embargo, me parece que fué ayer, tal es el grato recuerdo que conservo de ese fresco y gracioso semblante; pero no encuentro la casa...

El caballero se calla buscando con la vista.

— No podreis imaginaros, añadió despues de algunos momentos, ¡qué desgraciado y feliz á la vez me hubiera hecho esa jóven! Os aseguro que las pruebas de mas valor que he dado en toda mi vida, es seguramente el día que salí para el Canadá, sustrayéndome á la influencia que sobre mí ejercia. Escuchad: era en una tarde de primavera cuando la vi por primera vez, cosiendo delante de la ventana de una tienda de modista. Delante de ella habia un tiesto de reseda y otro de alelies, y en medio un gato blanco jugaba con las hojas agitadas por la brisa. En el momento de pasar, Juanita, pues este era su nombre, trataba de enhebrar una aguja, y sea que careciera de luz ó que el ojo estuviese tapado, el hecho es que el hilo no pasaba. La jóven intentó por dos ó tres veces enhebrarla pero inútilmente, pues la hebra siempre rebelde, no penetraba. Cansada de tantos esfuerzos deja caer sus brazos inertes. Creí que iba á llorar de desesperacion. Entonces, al levantar los ojos, me apercibe contemplando, con la sonrisa en los labios, ese admirable cuadro. Primeramente pareció turbarse, y

despues, sonriéndose á su vez, me presenta el hilo y la aguja por la ventana, diciéndome:

— ¡Ah! caballero, en lugar de burlaros de mí, haríais mejor de enhebrar mi aguja.

No hice que me lo repitiera, como ya supondreis, y aunque con alguna dificultad, ejecuté esta operacion tan delicada, con gran contento de Juanita, que empezó á burlarse de que tuviera la hebra en la mano izquierda y la aguja en la derecha; pero despues me dió las gracias, volviendo á tomar su labor sin levantar sus hermosos ojos.

Al día siguiente pasé por la tienda á la misma hora. ¿Esperaria verme? porque al saludarme noté que estaba algo turbada. Lo mismo hice el tercer día; pero observando que pasaba todos los días, dejé de levantar sus ojos de la labor. Esta indiferencia, fuera verdadera ó falsa, duró una semana en que Juanita parecia no fijar su atencion en mí, á pesar del ruido que hacia al pasar. Resentido de esta indiferencia, advertí que solo tenia yo diez y ocho años, resolví pasar por la otra acera, fingiendo volver la cabeza.

— ¡Ah! en mi despecho, me decia á mí mismo, aun cuando se presente delante de mí, no la miraré mas. Ya habia tomado veinte veces igual resolucion cuando un día apercibo, sin duda instintivamente, á Juanita á la ventana mirando con tristeza su labor que acababa de caer á la calle; y á pesar de mis juramentos, la recojo y se la presento á la hermosa costurera.

— ¡Ah! caballero, sois vos, exclamó sorprendida.

— Sí, señorita, respondi, yo soy á quien parece que os desdeñais de mirar cuando paso.

— ¿Ciertamente? ¿Creeis por ventura que debemos saludar á todos los amables caballeros que no se toman la molestia de quitarse el sombrero, al pasar al lado de la ventana? ¡Hay personas tan orgullosas!

— Os equivocais, no soy orgulloso, la contesté, be-sando al mismo tiempo su mano.

Esta libertad pareció que no la sorprendia. Sin embargo, desde este momento su conducta conmigo fué bastante inconstante, pues algunas veces me dirigia miradas tiernas y dulces sonrisas, y otras me sumia en la mayor tristeza por su indiferencia. Cansado de semejante conducta y deseando castigarla por sus caprichos, entré en la tienda en donde trabajaba Juanita, y pedí la mejor gorra que tuvieran.

— ¡Ah! ¿es para vos? me pregunta con aire bur-lon, mientras que sus compañeras trataban de contener la risa.

— No, la contesté con dureza, es para mi querida.

— ¡Ah! ¡Dios mio! es necesario que sea bien fea para que tenga necesidad de engalanarse así.

La hubiera pegado, no tanto por su contestacion, sino por su tono despreciativo. Ya supondreis que la gorra la hice despues mil pedazos.

A consecuencia de este incidente, me abstuve de ver al objeto de mi pasion durante un mes; y la primera vez que la ví, sentí una dolorosa impresion al observar que estaba pálida é inclinada sobre la labor con aire pensativo. Al apercibirme cerca de la ventana se sonrojó mucho y despues se volvió de una palidez mortal.

— ¡Ah! balbuceó, creí que estábais enfermo; y despues, sin añadir una sola palabra, se levanta y desaparece.

Aquí se detuvo el caballero.

— ¡Ah! ¡qué recuerdos! añadió, llevando su mano á la frente... Dispensadme, caballero, que os entretenga con tantas frivolidades; ¿pero qué quereis? es el primero y mi único amor.

— ¿Y qué desenlace tuvo? aventuró M. de Saint-Pierre.

— ¡Oh! concluyó de una manera demasiado brusca, pues era yo muy jóven para casarme, y además su posicion era demasiada inferior á la mia. En cuanto á perder á esa niña, la amaba demasiado, y preferí sacrificar mi amor. Entre tanto, se me presentó la ocasion de embarcarme para el Canadá... y me marché.

M. de Saint-Pierre no pronunció una sola palabra. Este desenlace, aun tan contrario á las costumbres de aquel siglo, no debió de sorprender al autor de *Pablo y Virginia*.

— ¿Y no habeis oido hablar mas de esa jóven? le preguntó.

— Jamás, dijo el caballero; y lo que es mas singular, que ahora no encuentro la casa. Sin embargo era ahí, entre esa tienda de modista, que tiene en la muestra la *Rueca de Oro* y esa tahona. No sé qué me detiene entrar y pedir algunos datos acerca de esa jóven, porque todavía apercibo luz.

M. de Saint-Pierre, como hombre de mundo, comprendió que en esta clase de expediciones, su compañero desearia quedarse solo; y pretextando una visita á un amigo suyo que vivia en la plaza Real, trató de despedirse de su compañero.

— Me parece algo tarde, le contestó este, sacando uno de esos gruesos relojes que las generaciones sucesivas han calificado de calentadores.

— Razon mas para no detenerme, añadió M. de Saint-Pierre. Espero que mañana almorzaremos juntos; y aun abrigo la esperanza de que mis consejos os decidirán á presentaros en Versalles á ofrecer vuestros servicios al duque de Aiguillon, que los aceptará con la misma benevolencia que lo hubiese hecho el duque de Choiseul, pues los hombres de nuestro temple son siempre bien acogidos.

Eran las nueve de la noche cuando el jóven se quedó solo. Ya empezaba entonces á disminuir el ruido

de la calle, y apenas se oía á lo lejos las campanadas de algun reló ó el gruñido de los perros que se disputaban los huesos que entre las inmundicias arrojaban los parisienses durante la noche. El almacen de la *Rueca de Oro* estaba cerrado; pero por las junturas de los postigos, el caballero apercibió tres jóvenes trabajando bajo la direccion de una señora de alguna edad, que probablemente seria la dueña del establecimiento. El jóven llama á la puerta, y al cabo de un minuto, una voz se hizo oír con las palabras sacramentales:

— ¿Quién está ahí?

— Un parróquiano, contestó el caballero.

— Despues de un instante se abre la puerta con gran precaucion; pero á la vista de un hombre envuelto en su capa y con el embozo que le cubria la cara, las jóvenes asustadas huyeron. Sin embargo, este pánico cesó desde el momento que el extranjero se descubrió y pidió con la mayor finura un par de puños. A la vista de su cabeza con polvos, hubo la misma escena de hilaridad que en el hotel de Artois. El caballero, sin apercibirse de las risas de que era objeto, satisfizo el valor de los puños, y despues, con un aire indiferente, trató de averiguar qué se habia hecho de madama Collet, que habia vivido próxima á la *Rueca de Oro*.

La modista era una de esas mujeres que no les desagrada tener un rato de conversacion.

— ¡Oh, Dios mio! contestó ahuecando sus enaguas é introduciendo con el mayor cuidado en sus narices un polvo de tabaco de España; la casa de mi vecina Collet, quiero decir, en donde se encontraba su tienda, ha sido demolida hará unos tres años.

— ¿Sabeis por qué? ¿Es que amenazaba ruina?

— ¡Ah! no, señor, ya sabeis que una vez que las personas que han pertenecido al vulgo llegan á la cumbre de la fortuna, tratan de borrar los menores vestigios de su nacimiento.

— ¿Madama Collet se ha enriquecido?

— No es precisamente ella, sino esa jovencita que trabajaba en su almacen, Juanita Lange.

— ¡Juanita Lange! exclama el extranjero, que se estremeció visiblemente, y cuya voz revelaba una profunda emocion. Y bien, ¿qué ha sido de esa jóven?

— ¿Qué ha sido, decís, caballero? dijo la modista en el colmo de la mayor sorpresa. Quizás seais el único en Francia que ignora que Juana Vaubernier, ó mejor dicho, Juanita Lange, como se la llamaba cuando era obrera, es hoy condesa du Barry, es decir, la reina de Francia.

### III.

Esta noche lo fué de insomnio para el caballero de Rochefeuille, pues á las once de la noche aun recorria al azar las calles de Paris. Encontrado por un agente armado de una linterna, creyó este prudente dejarle pasar, convencido que un hombre que rondaba á semejante hora, no llevaria muy buenas intenciones. Un poco mas distante, tuvo otro encuentro, pero como esta vez la linterna iba acompañada de dos hombres, fué detenido é interrogado acerca de lo que hacia en la calle á una hora tan intempestiva, en que los hombres honrados debian estar en sus casas; pero algunos sueldos le libraron de que continuaran preguntas tan indiscretas. Solo á las dos de la noche, y cuando ya habia andado á la ventura la mitad de Paris, se encontró delante del hotel de Artois. Entonces se apresuró á llamar á la puerta, como si tratara de despertar á todo el barrio. La pobre Jacoba, con su zagalejo corto, le vino abrir; y sin que le llamara la atencion el descuido algo tentador de la sirvienta medio dormida, ni se apercibiera de la bugia que esta le ofrecia, subió la escalera en medio de la mas profunda oscuridad, echándose en su lecho completamente vestido. En esta situacion y con los ojos fijos en el techo, que alumbraba la luna, apareció el día.

— ¡Juanita Lange! murmuró entre dientes, ¡esa jóven, con quien no quise enlazarme, tiene postrado á sus pies al mas poderoso monarca de la Europa, ejerciendo esa influencia tan fatal sobre los destinos de la Francia! ¡Ah! comprendo ahora esos buques abandonados y medio destruidos en los astilleros del Havre, esos soldados volviéndose á sus hogares. Sin duda eran las flotas y el ejército preparados por Choiseul, y esos paisanos sumergidos en la miseria, y esos labradores ricos y felices antes, y hoy obligados á ocultar su oro para sustraerlo á la rapacidad de los recaudadores de contribuciones que recogen todo, y hasta lo que no les pertenece... ¡Una mujer sola es la causa de tantos desastres! ¡Una sola vida tiene en suspenso el honor y la prosperidad de todo un pueblo! ¡Y titubearia aun?... ¡Oh! no... mataré á esta mujer.

A la hora del desayuno, M. de Saint-Pierre encontró á su jóven amigo pálido y preocupado, aunque tranquilo. A las insinuaciones que le hizo para que se presentara en la córte, solo le hizo la objecion de la falta de introductor; pero M. de Saint-Pierre se la desvaneció muy en breve, diciéndole que entre las celebridades literarias tenia muchos amigos que estaban admitidos en la córte, y que tendrian un placer en proteger á M. de Rochefeuille. Para esto era necesario pasar despues de medio día al *Café de Procope*, en donde esperaba encontrar á muchos é ilustres amigos.

Solamente, añadió el autor de las *Armonías de la naturaleza*, echando una rápida mirada sobre el traje

del caballero, la etiqueta es bastante severa, y para ser recibido por un ministro, es necesario...

— Os comprendo, dijo Hector, y puesto que tratais de ocuparos de mí, os ruego que me acompañeis á casa de mi sastre.

Ambos amigos se trasladaron á un taller de sastre, el cual, al ver á Hector, hizo un gesto de desagrado; pero muy en breve se mostró mas indulgente, en cuanto supo que regresaba de la India. Los sastres de aquella época, como los de nuestros días, tenian siempre un traje completo hecho para uno de sus clientes que desgraciadamente habia muerto antes de recibirle. Era de terciopelo color de castaña, y lo completaba un buen sombrero y una capa con cuello de pieles que le costó al jóven nada menos que 950 libras. De aquí pasó á una peluqueria, en donde despues de haberle cortado el pelo, le colocaron una magnífica peluca. Por último, en menos de dos horas, el caballero Hector se encontró vestido de pies á cabeza; y estaba de tal modo trasformado, que Jacoba no le conoció cuando regresó al hotel, y si solo viéndole partir con aire pensativo, acompañado de M. de Saint-Pierre.

Era el primer día del año, y las calles de Paris se encontraban obstruidas por un inmenso gentio con sus trajes de fiesta, aumentando aun la confusion los vendedores ambulantes, que ofrecian al público sus géneros. El cielo estaba tan puro y la atmósfera estaba tan apacible, que indudablemente influia en la expresion de alegría que se observaba en todos los semblantes; y hasta el bondadoso M. de Saint-Pierre se reia como un niño, saludando á todos los que pasaban á su lado y felicitándoles por el nuevo año. Solo Hector se mostraba mas reservado. Al pasar cerca de la tienda de un armero, rogó á su compañero que le aguardara un momento, pues iba á que le renovaran las piedras de las dos pistolas de lujo que llevaba en sus bolsillos.

— ¡Ah, Dios mio! dijo M. de Saint-Pierre, ¿tendriais por ventura la intencion de matar á alguno?

— De ningun modo, contestó el caballero con la mayor tranquilidad. Es una costumbre de viajero.

El *Café de Procope*, estaba situado en la antigua calle de Fossés Saint-Germain, enfrente del Teatro Francés, que entonces era el mas antiguo y el mas célebre de Paris. Este establecimiento, aunque bastante estrecho, oscuro y bajo de techo, pasaba por ser uno de los mejores de la capital, pues en el siglo último no estaban adornados con el lujo con que los vemos hoy. Es inútil indicar que era el lugar en que se reunian las personas mas notables en literatura y en ciencias. Todavía se enseña la mesa en que habitualmente se ponia Voltaire.

(Se continuará.)

## La pesca de truchas

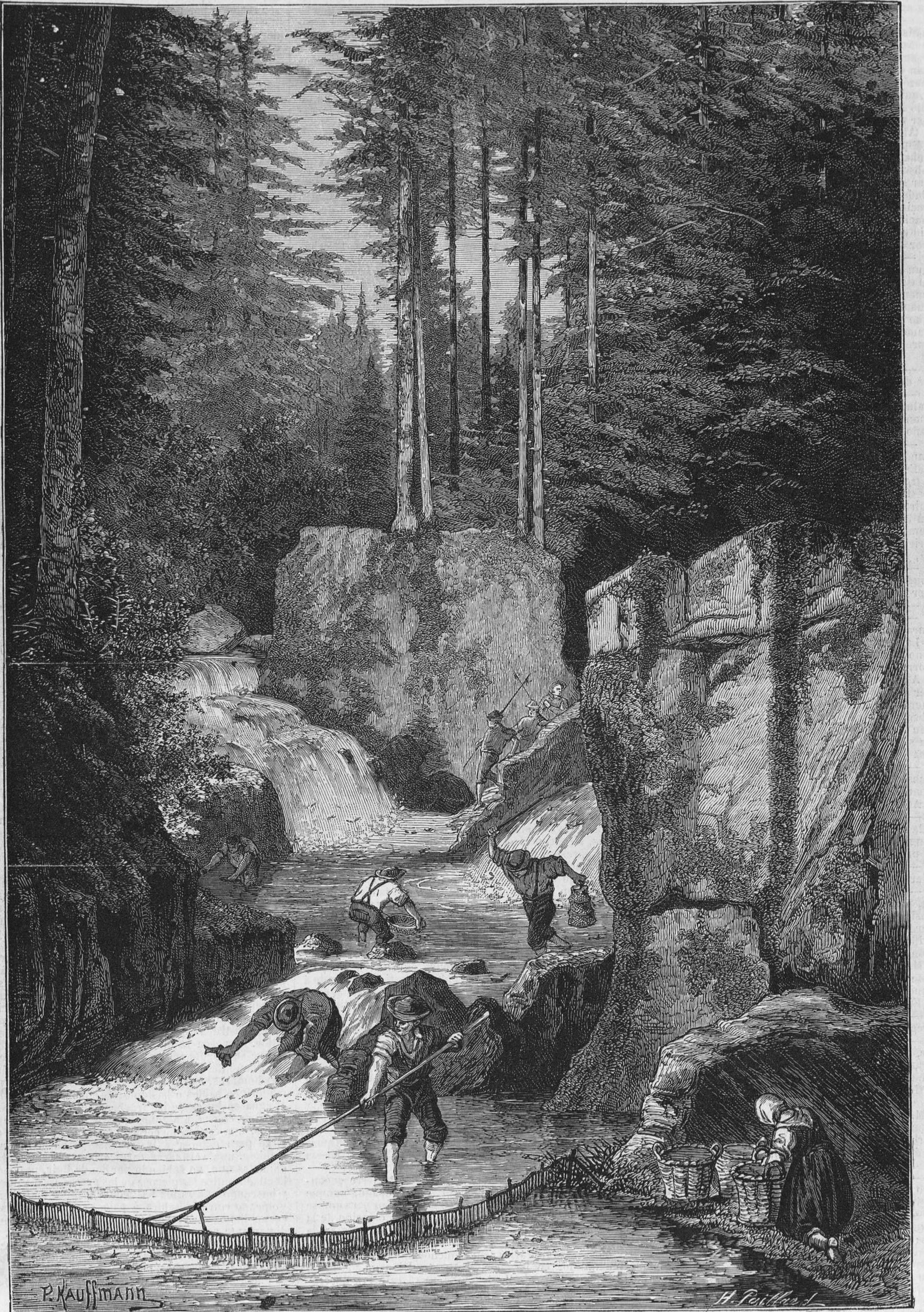
EN LAS CASCADAS DEL HOHWALD (ALTA ALSACIA).

El Hohwald es una aldea compuesta de algunas casas y situada en uno de los sitios mas románticos de la Alsacia, y que ha venido á ser desde hace muchos años el punto de reunion de todos los viajeros encantados de la salubridad del aire y de la hermosura de sus alrededores, porque cercado de bosques, Hohwald presenta mucha semejanza con algunos parajes famosos en donde se encuentran chozas, cascadas, aguas vivas, lecherías y todos los accesorios de la Suiza. El Hohwald está situado á algunas leguas de Estrasburgo, cerca de Barr y de Saint-Odile; encontrándose en este pais los leñadores de los Vosges, cuyas costumbres son tan interesantes.

Los bosques surcados de corrientes de agua excesivamente rápidas y de grandes cascadas, brindan á los aficionados á la pesca las mas admirables partidas de campo. Así es que con frecuencia se encuentran grupos de veinte ó treinta personas que en los resplandecientes días del estío se trasladan á los torrentes para pescar la trucha que tanto abunda en estos deliciosos sitios. La pesca la mas curiosa es sin contradiccion la que se ejecuta por los pescadores, hecha por cuenta del dueño del hotel del Hohwald, en la choza Küntz. Los hombres, con los brazos y piernas desnudos, y armados con sables ó bastones, descienden y entran en el agua en busca de las truchas. Antes de empezar la pesca se coloca, á algunos metros de la caída de las aguas, una especie de cercado formado de mimbre que sirve para detener á las truchas grandes. Entonces empieza una verdadera carnicería con estos pobres animales que, no sabiendo por donde huir, pasan por bandadas entre las piernas de los pescadores, saltando y buscando una salida hasta que, despues de haberlas golpeado con sus sables ó palos, son encerradas en cestos llenos de yerba húmeda y trasportados inmediatamente por las mujeres al hotel del Hohwald.

Las corrientes de agua son del dominio público; en su consecuencia los señores viajeros pueden distraerse en la pesca de truchas, pues por poco hábil que se sea, se puede tener sin gran esfuerzo un centenar de buenas truchas, en poco tiempo.

P. K.



ALSACIA. — La pesca de truchas.

O PRINTEMPS ! JEUNESSE DE L'ANNÉE  
JEUNESSE, PRINTEMPS DE LA VIE!



H. P. MONNET.

LA PRIMAVERA. — Escenas de la vida rústica.

## La mujer pérfida.

## I.

M. John Stapleton no se había casado, y en opinión de la juventud había entrado ya en el período de la vejez, pues se hallaba próximo á cumplir cincuenta años. A pesar de su barba, que empezaba á encanecer, y la falta de cabellos que se notaba en su cabeza, no se observaba en su buena presencia ni en su fisonomía ninguno de aquellos rasgos que revelase su edad. Desgraciadamente, sus mejores años, pasados en medio de los sobresaltos y disgustos que causan siempre los negocios á que se había consagrado, le habían impedido sacar partido de sus cualidades personales. Hacía ya algun tiempo que era miembro del Parlamento y propietario de un hotel en Londres, y de una elegante casa de campo en el condado de Surrey.

M. John Stapleton no conocía mas que tres parientes; uno de ellos, que era el mas importante de los tres, segun su opinion, y tal vez en la de Stapleton, era su sobrino Egerton Tracy, conocido entre su familia por Edgy.

Era un jóven rubio, muy elegante, de maneras distinguidas, y que durante la última estacion de Londres había sido uno de los caballeros mas solicitados entre las señoritas de los salones aristocráticos de Belgravia. No obstante, mas de una mamá le miraba con cierta reserva, porque, prescindiendo de su grado de teniente de los guardias de corps, no se le conocían otros medios de subsistencia, y sin embargo, vivía con el mismo lujo y ostentacion que otros jóvenes que se les ve todos los dias durante la estacion de Londres descender en Saint-James street para entrar en su club á las cuatro y media.

Stapleton amaba mucho á este precioso medelo, ó por mejor decir á ese hermoso vástago de su familia. Este favorito era hijo de su hermano mayor, de casa noble, que había cambiado sus honores, su buena presencia y sus deudas con la mano de miss Stapleton y un dote de 50,000 libras esterlinas. Esta union, de que se habló mucho en el gran mundo, no fué muy feliz ni de larga duracion, pues á la edad de veinte y un años había heredado una pequeña parte de sus cincuenta mil libras esterlinas.

A pesar de su imperturbable vanidad, Egerton era jovial y benévolo, y seguramente amaba á su tío; este no ocultaba tampoco la satisfaccion que sentía cuando al ir á la Cámara, acompañado de algun colega, encontraba á su elegante sobrino, el cual tampoco dejaba de mostrar la afeccion mas entrañable por su querido tío.

Egerton había reputado como un hecho innegable, así como las mamás que habían permitido á sus hijas bailar con él, que la fortuna de M. Stapleton pasaría á poder de su sobrino predilecto.

Verdaderamente no carecía de fundamento esta esperanza, porque M. Stapleton le invitaba con gran frecuencia á comer con él; pero algunos dias antes de la época que empieza esta historia, un acontecimiento inesperado había llevado la inquietud y la consternacion en el corazon del jóven guardia de corps.

Una sobrina había hecho de repente su aparicion en la casa del viejo Stapleton. Esta joven era nieta de un Stapleton de mala conducta, que se había casado con una actriz francesa, y que desde esa época nada se sabía de él; su padre había muerto, y la madre, casada en segundas nupcias, se ausentó para las Indias; y su hija, que su tío había tenido en un colegio de Paris, y de que Tracy había olvidado completamente su existencia, había aparecido repentinamente para gobernar la casa de su tío.

El tercer pariente de John Stapleton era tambien un sobrino que desde su infancia le había demostrado mucho interés y afeccion; pero como el jóven era de mal carácter y algo indócil, y el tío bastante exigente, despues de diez años que Tom Rivers... salió para la Australia, ninguna noticia había tenido de él.

En una hermosa y fresca mañana del mes de julio, al dirigirse el jóven guardia de corps del lado de Pall-Mall, se vió alegremente sorprendido por uno de sus camaradas y parecidos ambos en figura, pero con la única diferencia que Strange era tan moreno como Tracy era rubio.

— Y bien, Edgy, ¿cómo habeis pasado el domingo? ¿El gobernador (1) estaba de buen humor?

— ¡Oh!... muy cariñoso... Pero supongo que habeis oido hablar de la nueva importacion.

— Sí... encantadora aparicion, segun dicen. ¡Hola! esto da en qué pensar, porque la herencia podría estar bastante comprometida.

— No habeis así, Charlie, porque mi tío es tan bondadoso conmigo...

— ¿Qué os ha dado?

— Consejos, Charlie. El hecho es que desea que me case con esa jóven.

— ¿Es verdaderamente graciosa?

— Muy graciosa.

— ¿Bonita?

— Esto depende de gustos. En esta estacion estamos cansados de los ojos azules, ya lo sabeis; pero decididamente prefiero los negros. Sin embargo, los ojos azules de mi prima no me parecen mal. Es de una figura esbelta, y habla el francés como una verdadera parisiense.

— Entonces supongo que os habeis hecho inscribir para disputar el premio.

— ¡Tarea penosa, Charlie, y hoy mas, que creí ya haber vencido una gran parte de la carrera, sin temor de ser disputado por otro número! ¿Pero qué podrá conseguir un pobre diablo que no cuenta con recursos, ni aun para hacerse cortar el cabello, y que, como medida de economía, ha dejado de afeitarse?

— ¿Cómo habeis sido acogido?

— Bastante bien, segun me imagino; pero como había otra jóven con ella, creí que los epigramas no cesarian jamás. Mientras que hacia la corte á la otra, creí observar que al mirarnos se sonreía.

— En estas circunstancias conviene mostrarse un poco reservado, Edgy, si quereis salir airoso en vuestra empresa, pues cuando las atenciones se prodigan sin reflexion, suelen obtenerse pésimos resultados.

— ¡Oh! no. Ya sabeis que soy diestro en la materia; conozco los pesos y medidas hasta el último quilate. Primeramente, jugué con ella el sábado por la noche, y despues, el domingo por la mañana, la acompañé á la iglesia, llevándole el devocionario, y renunciando, por consiguiente, á mi cigarro de medio dia para acompañarla en el paseo; despues de comer me quedé, no sé el tiempo; solo os puedo asegurar que me pareció un siglo.

— ¿No estaban acompañadas de alguna otra persona?

— No, esperan en esta semana una especie de predicador. No le conozco; pero trae una carta de Tom Rivers, que, como sabeis, reside en la Australia. ¿Os acordais de Tom? estaba en Harrow con nosotros.

— ¿Rivers? Sí, he oido hablar de él no hace muchos dias, así como de Stapleton... no puedo recordar en dónde.

— Desde que dejamos á Harrow no he vuelto á ver á Tom.

— ¿No será quizás el pastor australiano algun rival?

— No lo creo; segun escribe Tom es un irlandés muy tímido, y...

— En fin, os deseo buena suerte; pero os prevengo que si arriesgais el juego con la otra, me presentaré en la partida; ya sabeis que soy un temible adversario.

— Indudablemente lo sereis en esta lucha; pero no os temo con la favorita.

Despues de terminado este lenguaje, que acostumbraban á usar los dos amigos, se separaron.

## II.

Ahora trasladaremos al lector á Surrey, no lejos de Guildford, á lo largo de esa cadena de verdes colinas, en donde se gozaba de una suave y fresca brisa, en medio de aquellos árboles poblados de ojas y de esa multitud de rosales que entre su verdor se destacaban multitud de flores que añadian un encanto mas á ese admirable paisaje.

En el mismo dia y en la misma hora en que los dos dandis se encontraron en Saint-James street, dos jóvenes se encontraban sentadas al balcon de una bonita casa de campo, llena de ventanas guarnecidas de cristales.

— Seguramente ese jóven es demasiado ridículo, decía la de mas edad, que era una encantadora morena de veinte y seis años. Sus aires de conquistador, añadió, y sus excesivas atenciones, me hacían reír; y os aseguro que tuve que contenerme para no soltar la carcajada.

— Vuestro comportamiento en esta ocasion no ha sido muy acertado, Amy; con las continuas miradas que me dirigiais cuando creias que no os miraba. Os aseguro que creí pura envidia de vuestra parte. ¿Porventura os agrada ese jóven?

— Por el contrario, él se encuentra admirable, como lo ha dado á entender en cada una de sus miradas. ¿Qué pensais hacer de vuestro admirador?

— Distraerme con él, supongo; porque os aseguro que es muy divertido.

— Efectivamente lo seria si pudiera olvidar, aunque fuera por un momento, á ese sorprendente animal que se llama él mismo; pero hablemos formalmente: ¿deseais seguramente divertirnos con él?

— ¡Oh Dios mio! no puedo responder á ese interminable interrogatorio, Amy. Ya en casa de madama Lebœuf era muy poca mi predileccion por él, y hoy os afirmo que me encuentro completamente emancipada.

— Solo queria saber si esos homenajes eran aceptados, querida amiga, y si los cazadores serian perseguidos por encontrarlos en terreno vedado.

— ¿Cómo deseais que os exprese lo que deseo ó lo que rehusó? Me gusta quedarme sentada al balcon para respirar el suave aroma de las flores y escuchar el dulce y armonioso canto de los pájaros. Es una verdadera fiesta para mi ver á ese pobre cautivo, á ese bello guardia de la reina tanto tiempo encerrado en la jaula de madama Lebœuf, esforzándose ahora á rendirme sus homenajes para agradarme, os aseguro que

me causa el mismo efecto que el ruido del viento y el zumbido de las abejas. ¿Por qué, pues, me suponeis tan negras intenciones?

Aunque estas palabras fueron pronunciadas en un tono jovial, la manera de expresarse de Carolina parecia hallarse contrariada y hasta temerosa, pues parecia que se ruborizaba al pronunciar sus últimas palabras. Su compañera no se apercibió, ó al menos no hizo la menor observacion sobre su turbacion.

— Pues bien, Carolina, si no reclamais vuestra conquista, algun transeunte puede arrebatarosla. Os aseguro que cuando estabais ausente, y lejos de seducirle vuestros grandes hechizos, se mostraba muy enterrecido por mis pequeños atractivos. Sin embargo, temo que entonces se mostrara mas rendido que sincero.

A pesar de haber cierta intencion en el tono en que fué hecha esta advertencia, excitó, sin embargo, de otra manera la hilaridad de Carolina.

— Admiro su valor, dijo ella; pero confieso que el efecto causado por estas ocultas baterias no ha sido muy mortífero. ¿Qué os ha dicho?

— ¡Oh! nada, os lo aseguro, que sea digno de publicarlo; pero la manera en que se expresó, su tono, su mirada... si no estaba irresistible, había seguramente la intencion de serlo; y despues, cuando aparecisteis en el horizonte, hubo en él un cambio notable, pues á su entusiasmo se sucedió una completa indiferencia.

Carolina se sonrió de una manera extraña, sin contestar una palabra. Amy continuó:

— Me dijo que pensaba volver el sábado, creyendo que bajo tan halagüeña esperanza me sostendría toda la semana. Seguramente no se ha equivocado, porque, lo repito, le encuentro muy divertido.

— ¿Cuándo ha dicho mi tío que llegaría M. Ferrars?

— Antes de comer, si no me equivoco. Haríamos bien en irnos á vestir, porque son cerca de las seis.

## III.

Como hemos dicho al principio de esta historia, M. Stapleton era calvo y tenía la barba canosa; pero tenía una mirada viva y el paso firme y asegurado; y merced á su inteligencia, no solo había contribuido á hacer su fortuna, sino que le servía para gozar de ella, estando muy enterado de todo lo que pasaba en su casa.

Este hombre era de un carácter excelente, aunque un poco brusco y exigente; jamás había estado casado; y solo hacia muy pocos dias, que con gran sorpresa de sus amigos, había hecho sentar á su mesa á una señora, su sobrina.

Carolina Stapleton era ciertamente una hermosa jóven, y nada tuvo de exagerado el retrato que de ella había hecho Egerton Tracy; era de alta estatura, de rasgos regulares, de hermosos cabellos y de ojos azules, de que el jóven guardia de corps había hablado; pero su vivacidad la hacia parecer con mas talento que realmente tenía. Privada de toda direccion maternal, había seguido en todos los actos de su vida sus primeros impulsos, que, gracias á la Providencia, habían sido siempre buenos.

Su amiga tenía un carácter completamente diferente. Ambas se habían conocido en Paris, en casa de madama Lebœuf, y desde entonces habían sostenido muy buenas relaciones. Amy era hija de un caballero que al morir le había dejado por heredera de una fortuna, que, sin ser considerable, la aseguraba en la sociedad una posicion independiente. Era bonita, ambiciosa, y mas instruida que generalmente lo son las jóvenes; y seguramente habría sido peligrosa, si no hubiese tenido nobles sentimientos. Se contaban de ella algunos episodios de amor, pero ¿cuáles eran estos? Eso era lo que sus amigos ignoraban.

Desde que Carolina regresó de Paris, su tío residía en Londres, concurriendo con gran asiduidad á las sesiones del Parlamento como representante de *Radcliffe ou the Shore*; pero á medida que avanzaba la estacion, Carolina demostraba gran impaciencia de dejar á Londres, á fin de respirar el aire puro de los campos. Así que tres semanas antes próximamente que la conociéramos, había logrado que su tío accediera á sus deseos, llevando en triunfo á miss Boper, su amiga, á Sunnington-Lodge, en donde M. Stapleton tenía costumbre de pasar los sábados y domingos, y algunas veces dos ó tres dias, sustrayéndose así á los trabajos parlamentarios.

Ya sabemos que el tío deseaba arreglar un casamiento entre Carolina y Egerton-Tracy; pero se ignoraba entonces si aquella consentiría. Solo se observaba que admitía los obsequios de Tracy, á juzgar por lo que reía y hablaba con él, y sin embargo no parecia que estos amores marchasen con demasiada rapidez.

M. Stapleton tenía una gran opinion de Amy Boper; su vivacidad le encantaba, y su instruccion le parecia universal, porque hablaba de todo: de historia y literatura, de politica y hacienda, si no como un libro, por lo menos como un periódico.

Tal era la situacion en que se encontraban los personajes de esta historia la vispera del dia en que encontramos á Tracy en Saint-James street; M. Stapleton había recibido una carta de su sobrino Rivers, la primera despues de muchos años, en que de un modo lacónico y frío recomendaba á su tío al reverendo

(1) « Governor. » En el lenguaje de la jóven Inglaterra, este título de gobernador, dado á un tío ó á un padre, no es tan respetuoso como pretendia M. Taine en sus *Notas sobre la Inglaterra*.

M. Ferrars, eclesiástico de gran erudición, que le había prestado algunos servicios en Melbourne.

M. Ferrars había hecho entrega de la carta de que era portador, y el tío, que experimentaba no pocos remordimientos en cuanto á la severidad con que había tratado á Rivers, se mostró afable con el amigo de su sobrino, invitándole á pasar algunos días en Sunnington-Lodge.

Serian las cinco y media, cuando un carruaje se detiene delante de la casa, descendiendo un hombre de estatura alta, de anchas espaldas y barba negra; llevaba anteojos, y su traje era mas que modesto, revelando en todo su conjunto un aire siniestro á la vez que tímido, y sin su barba y sus bigotes hacia recordar el retrato de Dominic Samson, en el *Guy Mannering*.

M. Ferrars penetra en el vestibulo, y se apresura á apretar la mano que le alargaba M. Stapleton con una fuerza tal, que los ojos de este se le cubrieron de lágrimas.

— Ya empezaba á cansarme este viaje, dijo con el dialecto propio de las provincias del centro; hemos empleado un tiempo interminable para llegar aquí.

— ¿Es que en la Australia se viaja con mas rapidez? le preguntó M. Stapleton con tono festivo.

— ¿A dónde va ese hombre con mi maleta? preguntó el reverendo Ferrars, señalando al criado. Son mis libros, que jamás los pierdo de vista. ¡Eh! dejadlos aquí.

— Caballero, no os inquieteis por eso, pues van á ser trasladados á vuestra habitación.

— Os ruego me dispenseis; pero cuando un hombre ha vivido entre salvajes se vuelve desconfiado. No podeis figuraros qué astutos son, pues os robarian las orejas sin apercibirlos de ello.

— ¿Cómo habeis dejado á Tom Rivers?

— De negocios, muy mal, caballero; ha quebrado tres veces, á pesar que en aquel país no se da ninguna importancia á este suceso. El crédito de un emigrado no se afirma interin no haya quebrado al menos una vez. He conocido á un americano que cuando terminaba un buen negocio, quebraba para gozar mejor de él.

— Entonces sus acreedores ¿cómo conseguian realisar sus créditos?

— Quebraban tambien, caballero. La Australia es el centro de los progresos humanos. Pero ¿qué hace ese hombre? ¿No echéis los libros de esa manera en el suelo! ¡Me los vais á destrozar!

— ¡Qué extraña es la sociedad que ha debido frecuentar Tom Rivers! dijo interiormente Stapleton. Entrad en el salon, caballero, hasta que hayan subido vuestro equipaje.

— ¡Eh! ¡tened por Dios cuidado de mis libros! grita el viajero, que seguia á Stapleton en el salon, en donde este pudo observarle de cerca.

A pesar de sus maneras tan poco seductoras y de su brusco lenguaje, este viajero, que venia de países tan lejanos y que su figura parecia tener algo de siniestra, á la vez que tímida, no carecia de talento, y hasta se descubria en él un cierto aire de nobleza.

Aunque estas cualidades tan opuestas no dejaron de admirar á M. Stapleton, atribuyó la misticidad del viajero á su larga residencia en la Australia. Por otra parte, sus anécdotas sobre este país no dejaban de ser divertidas y contadas con gracia, á pesar de sus bruscos movimientos. Además demostraba un carácter franco, pues él mismo confesaba que no conocia esa elocuencia de salon, excusándose de los defectos que tal vez encontrarían en sus maneras.

Mientras que el huésped subió á su habitación para cambiar de traje, pues era la hora de comer, M. Stapleton pasó á la biblioteca para ver á Carolina, á fin de participarle la llegada del viajero.

— M. Ferrars, la dice, me parece un personaje un poco excéntrico, y por tanto espero, Carolina, que te muestres indulgente con él.

— No sé por qué me haceis, tío, semejante prevención, pues jamás me he atrevido á mofarme de nadie; no tengo el talento que para manejar la sátira tiene Amy, como hoy lo ha hecho con M. Tracy todo el tiempo que ha estado aquí; supongo que tanto vos como él lo habreis podido observar. Estad, pues, tranquilo; tomaré delante de M. Ferrars un aire solemne. Decidme, ¿salta como un kanguro?

— Desearia, Carolina, que tuvieses tanta prudencia y tanto imperio sobre tí como Amy. En cuanto á monsieur Tracy, no estoy, os lo confieso, muy satisfecho de vuestra conducta con él; temo que os encuentre coqueta.

— ¡Oh! no, os lo aseguro; al menos confio que no. Pero volviendo á M. Ferrars, ¿cuánto tiempo piensa quedarse entre nosotros?

— Lo ignoro; pero si se queda hasta el sábado, ¿puedo esperar que observarás hasta ese día toda la circunspección que merece un amigo de Tom Rivers?

— Os prometo no burlarme de él; no puedo hacerlos igual promesa respecto de Amy. Supongo que me permitiréis un poco de coquetería.

— Conténtate, te lo ruego, de mostrarte muy amable, aunque reservando una parte para Edgy Tracy, que vendrá el sábado con otro oficial, uno de sus amigos, el capitán Strange. Ya sabes cuáles son mis proyectos respecto de tí.

— ¡Si estuviere convencida de que me amara! dijo Carolina; pero ha mostrado mil atenciones á Amy.

— ¡Siempre Amy! gritó M. Stapleton impaciente; si yo supiera...

M. Stapleton no juzgó prudente terminar la frase, saliendo precipitadamente de la biblioteca con dirección al salon.

## IV.

Este día y los siguientes no ocurrió ningun incidente notable: Carolina conservando su imperturbable gravedad hacia el sabio viajero, y este sin desprenderse un solo instante de su rudeza. Por fin, perdiendo un poco de su natural timidez, entró de lleno en la conversacion, empezando por contar algunas de sus aventuras.

— ¿Podreis creer, señoras, dijo, contestando á una pregunta que Carolina le dirigió acerca de los indigenas de la Australia, que he formado muy buenos discipulos entre esos medio salvajes?... Si, he dejado en aquel país la reputacion de un buen maestro de escuela.

— ¿Cómo es eso? preguntó Carolina.

— Ya sabeis, señora, continuó el narrador, que estuve de capellan en un establecimiento situado á muchos centenares de leguas de Malbourne; los bosques hormigueaban de salvajes. Os aseguro que su vecindad nos era muy desagradable, y era necesario estar siempre á la defensiva para no ser arrebatados ó invadidos por ellos. Desgraciadamente se declara entre nosotros la fiebre escarlatina, y fui acometido como todos los demás. Cuando volvi en mí, la sensacion que experimenté fué la mas agradable... Pero, M. Stapleton, mirad á vuestro criado, que me recoge el plato antes de haber concluido; todavía no he terminado de comer la carne. Os ruego, señoras, que me dispenseis esta interrupcion; pero justamente trataba de un país en que hay muy poca carne y en que uno debe estar prevenido. Os decia, pues, que en aquel momento experimentaba la mas dulce sensacion, al gozar de una brisa fresca y perfumada, cuando al levantarme y abrir los ojos apercibo al través de las ramas y cerca de mí un grupo de hombres con rostros bronceados. Estaba acostado en una cama formada de hojas secas, y, segun todas las apariencias, en el centro del bosque. Al apercibir á estas criaturas, les pregunté con voz desfallecida en dónde me encontraba. Al oirme, empezó á mi alrededor un baile vertiginoso, mezclado de gestos y exclamaciones; era tanta mi debilidad, que no sospeché el peligro en que estaba, escuchando con la mayor tranquilidad su diabólica algarabía. Por fin concluí por comprender que se felicitaban tener en su poder á un cristiano, que muy en breve se comerian; despues de mil esfuerzos llegué á hacerles comprender que debian desconfiar del color de mi piel, porque seria de difícil digestion, si no esperaban que la cambiase por otra. Ya sabeis que la escarlatina...

— M. Ferrars no tiene necesidad de prodigar tantos detalles, le interrumpió Amy; pues ya sabemos que no ha sido devorado por los salvajes.

— En efecto, vedme aquí todavía, señora; pero antes que prosiga mi historia, permitidme que os pida otra vez una gota de ese vino; no se conoce esta deliciosa bebida en los bosques de aquel país. ¿Recordais en qué habia quedado? ¡Ah! ¿Quereis que abrevie? pues bien; fué convenido entre los salvajes y yo que « el pastor » no seria devorado si ofrecia enseñar á los niños á leer en los libros blancos, que contenian, segun ellos, hechizos y encantos. Así pasé entre ellos seis meses y medio, y concluyó por agradarme su compañía; eran muy inteligentes; y aprendian con tanta rapidez, que lisonjaban mi amor propio.

— ¿Y cómo alimentaban á su maestro? preguntó Carolina con una maliciosa sonrisa.

— Señora, permitidme que no me extienda sobre el arte culinario, contestó el reverendo M. Ferrars, que sonreia tambien como encantado de su contestacion.

El reverendo M. Ferrars contó otras aventuras menos graciosas, pero mezcladas de datos estadísticos, que M. Stapleton ofreció hacer uso en la Cámara de los comunes.

Cuando despues de comer se quedaron solas en el salon, el reverendo pastor de la Australia vino á ser naturalmente el objeto de su conversacion.

Amy dijo á su compañera:

— ¿Qué pensais del viajero, Carolina?

— Seguramente le encuentro un hombre muy singular; pero supongo que se parecerá mucho á otros viajeros que como él han pasado la mayor parte de su vida en aquellas apartadas regiones.

— En cuanto á mí, no me fio de él, pues os aseguro que no estoy muy convencida que haya estado en la Australia.

— ¡Oh! no. Por mi parte no tengo ninguna duda, pues ya sabeis que Tom Rivers lo dice así en su carta, añadió Carolina con un aire un poco mas convencido.

— Teneis razon; pero ¿qué quereis? no creo en sus historias ni en su acento... puedo equivocarme. Prestad atencion, y vereis como entre las dos podremos profundizar este misterio.

Carolina prometió observar con gran atencion al viajero.

— Desearia saber, añadió, si vamos á tener este oso hasta el sábado, porque ciertamente nos molestaria demasiado.

— Y yo, dijo Amy, estoy impaciente por ver á Edgy Tracy y á su elegante amigo con ese hombre medio salvaje.

Si el reverendo M. Ferrars era un impostor, su ma-

la estrella le habia conducido á una casa en que estaba Amy Boper, pues nada satisfacía á su amor propio como desenredar los hilos de una intriga. En esta ocasion hubiera concebido graves sospechas si hubiese oido que el reverendo personaje tenia la costumbre de salir antes de las cinco de la mañana, como así se lo manifestó á M. Stapleton, al pedirle permiso para continuar en sus paseos matinales, tan necesarios á su salud.

En efecto, al día siguiente, á las cuatro y media de la mañana, se dirigió tranquilamente hacia la habitación del administrador, y deteniéndose debajo de su ventana, se puso á silbar, como un nuevo Blondel, la primera estrofa de una antigua balada.

— ¡Gran Dios! ¿qué escucho? exclamó Dick Carter, el administrador, incorporándose con el mayor sobresalto en su cama.

Y todavía medio dormido, con gran estupefaccion de su digna esposa, Dick Carter silba á su vez la segunda estrofa de la melodía. Inmediatamente salta de la cama, se viste precipitadamente y sale de su habitación sin pronunciar una palabra, encontrando al reverendo M. Ferrars que volvia la esquina de la casa, el cual al verle se detuvo.

— ¿Sois vos, caballero, que acabais de silbar? le preguntó con aire de duda.

— Sí. Tom Rivers me ha enseñado esta melodía, manifestándome que si la silbaba encontraría en vos un amigo.

— ¡Dios le bendiga! No se ha equivocado, caballero; pero en el primer momento creí que Tom Rivers estaba de regreso.

— ¡Hola, amigo! ¡Daos prisa pues con mi maleta! dijo Ferrars con un acento muy marcado.

Al oírle Dick Carter se estremece; mira con gran atencion al australiano, y despues, soltando una carcajada, le coge ambas manos.

Como la conversacion que medió entre ambos seria ininteligible para nuestros lectores, hacemos caso omiso de ella.

Cuando Dick Carter volvió á su casa, encontró á su mujer que todavía no habia vuelto de su sorpresa. Entonces la dice que el pastor australiano que la víspera habia llegado á Sunnington-Lodge le habia hecho reír contándole algunas historias de Tom Rivers; pero que hubiera preferido que su sueño no hubiese sido interrumpido para oír semejantes cuentos.

## V.

El reverendo M. Ferrars ofreció quedarse en Sunnington-Lodge hasta el sábado; pero convino que iria á la estacion de Victoria para aguardar á las dos jóvenes y dar con ellas un paseito por la poblacion, y que el sábado volveria acompañado de los dos jóvenes guardias de corps.

Carolina y Amy marcharon, pues, á Lóndres el viernes por la mañana, encontrando en la estacion al pastor australiano, que insistió en acompañarlas á Hyde-Park; pero Amy, decidida á no presentarse en un sitio tan concurrido con un ente tan original, se separa despues de haber convenido que se reunirían á las doce y media en la librería de Westerton. Entonces Carolina y Ferrars salieron juntos, no sin hacer aquella una mueca, como quejándose del sacrificio que la obligaba á hacer quedándose con el australiano. A la hora indicada se reunieron, y despues de un gran paseo por la poblacion, las jóvenes se volvieron á las cinco y media á la estacion de Victoria, en donde se despidieron de su acompañante.

Tal vez se dirá que entro hasta en los menores detalles; pero téngase presente que no hago mas que imitar á todos los historiadores, novelistas, cronistas, etc., etc.

— ¿Qué teneis, Carolina? Habeis estado como distraida todo el día, dijo Amy, cuando se sentaron en el carruaje.

— En este mismo instante os iba á hacer la misma pregunta, Amy. ¿Será tal vez que las tiernas miradas de Edgy hayan producido algun efecto sobre vos?

— Temo que hubiese sido un trabajo completamente inútil, contestó Amy no sin alguna turbacion. Os aseguro, querida, que supongo no habrá en el mundo hombres que hayan obtenido el privilegio de que se piense menos en ellos.

— Poco importa, puesto que no se olvidan de sí mismos, como Edgy y su amigo el capitán Strange. ¿Conoceis al capitán?

— ¿Carlos Strange? dijo Amy; sí, le conozco.

Carolina no observó la repentina palidez de su amiga; pero antes que tuviera tiempo de dirigirla otra pregunta, Amy habia recobrado toda su serenidad.

— ¿Qué os parece?

— Es el vivo retrato de Edgy; y aparte de su color, son dos seres completamente iguales en conversacion, exterior, ideas y costumbres. No sospeché que fuera Strange á quien se esperaba en vuestra casa.

— Creí que os lo habia dicho; espero que reinará entre ellos y el « pastor » la mejor armonía.

— Carolina... desearia deciros una cosa... pero no... me equivoco; nada, nada.

Carolina no pareció bastante curiosa pare recibir la confidencia de su amiga; pero es de esperar que antes de llegar á Sunnington-Lodge estarían mas de acuerdo que cuando salieron, y si guardaban algun secreto preferirían no divulgarlo.

(Se continuará.)

**Saint-Marc-Girardin.**

Aunque en nuestro último número hemos hablado ya de M. Saint-Marc Girardin, que ha fallecido el 11 de abril de un ataque de apoplejía, acompañamos hoy su retrato con los siguientes datos biográficos:

» M. Saint-Marc Girardin nació el 12 de febrero de 1801. Su padre era comerciante de París. En 1823 se recibió de abogado, y era nombrado al mismo tiempo profesor agregado, después de haber obtenido el año anterior su primer triunfo en la Academia, que le confirió un premio por su elogio de Lesage. «Hasta el año 1826, dice un biógrafo, no obtuvo cátedra alguna á causa de sus opiniones liberales.»

En 1827 y 1828, en el momento en que siendo profesor de segundo año en Luis el Grande, inauguraba su carrera periodística en el *Journal des Débats*, la Academia francesa le premiaba dos veces por su *Elogio de Bossuet* y su *Cuadro de la literatura francesa en el siglo XVI*.

Se hallaba en Alemania cuando estalló la revolución de 1830. El nuevo gobierno le encargó que reemplazase á M. Guizot en la cátedra de historia de la Sorbona, y le nombró relator en el Consejo de Estado.

En 1834 fué elegido diputado por el colegio electoral de Saint-Junien (Alto Viena) que representó hasta 1848. En el año 1837 fué ponente de la comisión que debía dar dictámen sobre la ley de segun-



M. SAINT-MARC GIRARDIN.

da enseñanza. Sin embargo, M. Saint-Marc Girardin no se había entregado á la vida política hasta el punto de dejar de ser profesor, pues continuó explicando en la Sorbona.

En 1844 fué elegido individuo de la Academia francesa en reemplazo de Camperon.

Durante la República vivió separado de la política activa, y conservó su influencia en el *Journal des Débats* y su cátedra en la Universidad. La ley de 15 de marzo de 1850, que tan rudo golpe fué para la Universidad, le dejó, así como á M. Cousin, su posición en el Consejo.

Casado en 1831, M. Saint-Marc Girardin perdió á su esposa á consecuencia de una dolorosa desgracia: pereció con una de sus hermanas el 29 de agosto de 1835, en un paseo en barca en Morsan del Sena, durante la ausencia de su esposo. Dos años después, M. Saint-Marc Girardin se casó con una hermana de su primera mujer. En 1861, su hijo mayor pereció también de una manera trágica: se ahogó en el Seres. Finalmente, en 1863, la muerte de su hijo político le decidió á separarse de la Sorbona, donde había sido catedrático treinta años.

En estos últimos tiempos tomó parte en la reorganización de las Conferencias literarias, y habló con grande éxito en las del teatro del Príncipe Imperial (febrero de 1869). Después de la muerte de M. Sainte-Beuve, M. Saint-Marc Girardin fué elegido para reemplazarle como redactor en el *Journal des Savants*.



ESCENAS CAMPESTRES. — La hora del trabajo.